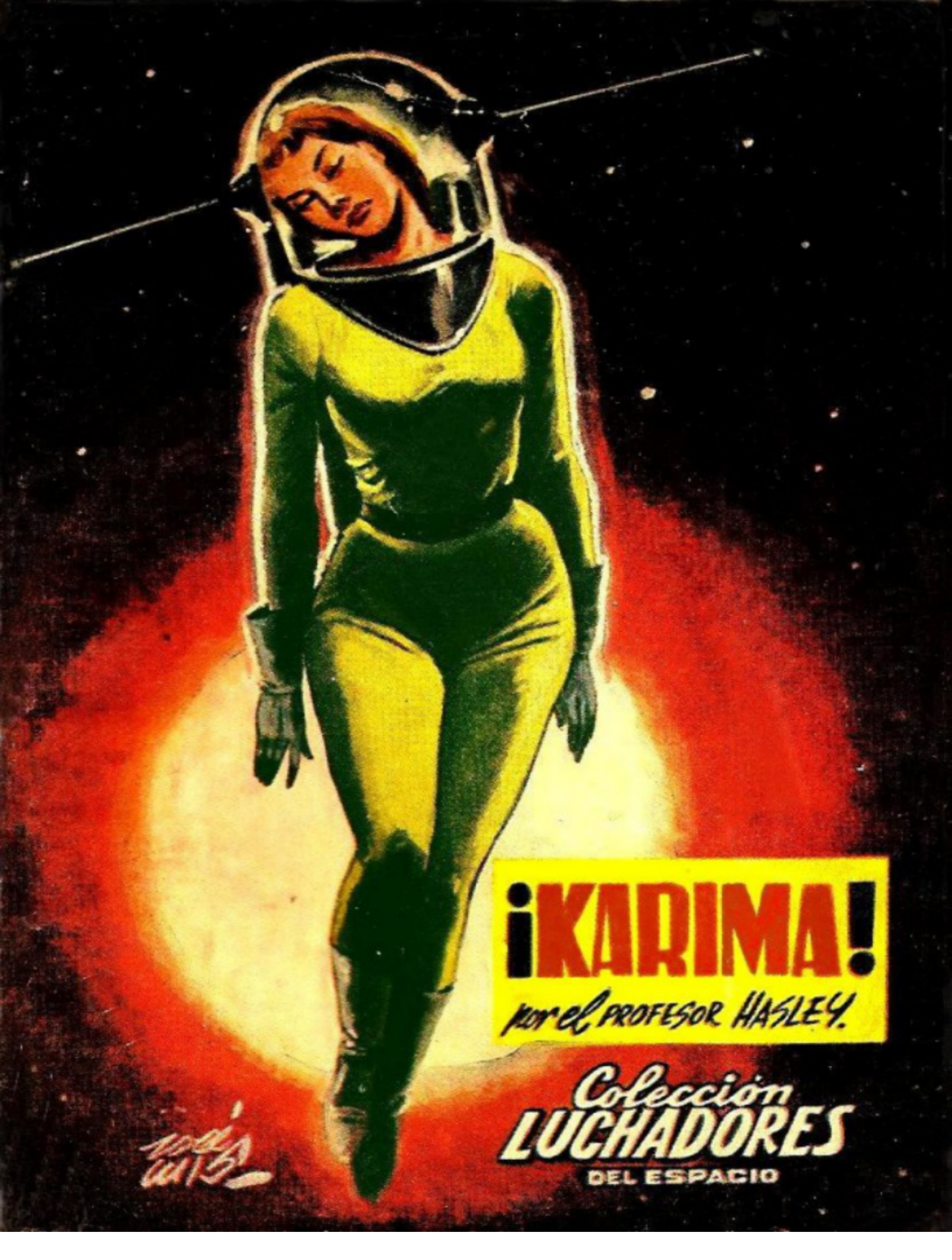


¡KARIMA!
por el PROFESOR HASLEY.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Profesor Halsey

¡Karima!

Luchadores del Espacio - 125

Título original: *¡Karima!*
George H. White, 1954
Número OCLC: 431513956
Deposito Legal V-1243.—1958.
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

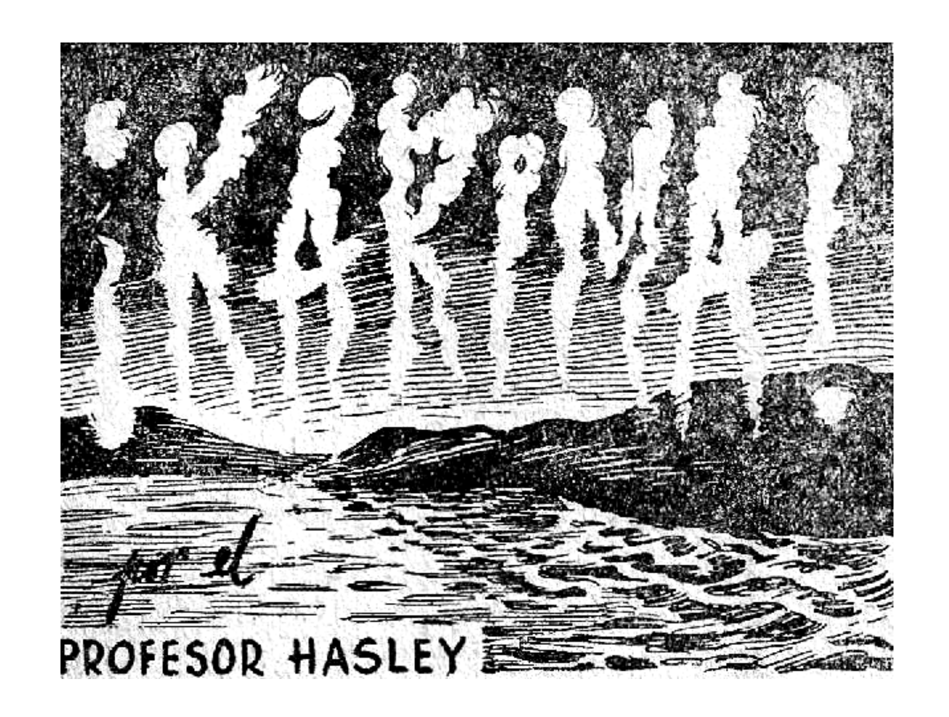


Profesor HASLEY

¡KARIMA!

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA





CAPÍTULO PRIMERO

El inmenso convoy navegaba sobre el mar apacible, rumbo a las costas de África.

El océano Atlántico mostraba su serena inmensidad y una brisa muy débil apenas si rizaba su superficie, produciendo una ligera ondulación de la misma, que para nada afectaba la marcha de los supertrasatlánticos.

Como fabulosos cetáceos de acero, aquellos barcos de trescientas mil toneladas, con su preciosa carga de maquinaria y utillaje de toda especie, hendían las aguas impasiblemente.

Eran veintiuna aquellas naves y transportaban, por orden del Gobierno Mundial, gran cantidad de materiales a África, continente que estaba en vías de una profunda transformación, pues era deseo de los hombres que dirigían los destinos de la Tierra convertirlo en un sitio tan civilizado como Europa y América.

En el año 174 de la Era del Espacio había aumentado de tal modo la población terrestre que se hacía imprescindible poblar las zonas semidesérticas que aún quedaban en el planeta, creando las condiciones de vida necesarias para mantener a los millones de seres que habrían de emigrar forzosamente a las mismas.

El continente africano había sido elegido para desarrollar en él

una poderosa industria que, con su inevitable secuela del comercio, diera ocupación a los millones y millones de seres que no tardarían mucho en repoblarlo.

Todos los Gobiernos Nacionales, representados en el Gobierno Mundial, habían contribuido a la magna empresa, aportando los diversos elementos necesarios.

Las formidables industrias pesadas de Alemania, Estados Unidos, Rusia y Francia proporcionaban la maquinaria y utillaje necesarios. Australia, España y Suiza habían seleccionado sus mejores especies de ganado para aumentar y enriquecer la cabaña africana; suecos e italianos aportaban los mil productos de su perfecta industria ligera; Holanda, Dinamarca, Noruega y la India proveían de hombres de leyes al proyecto, capaces de codificar y dar forma jurídica a las nuevas relaciones de todo orden que se estaban creando. Inglaterra había producido la inmensa y moderna flota que se encargaba del transporte. En una palabra, todo el mundo había contribuido, en la medida de sus fuerzas, a llevar adelante la realización de tan magno proyecto.

Una inmensa red de carreteras y ferrocarriles se había construido sobre las tierras, africanas y grandes ciudades se levantaban donde antes no existía más que la selva o el desierto.

Las necesidades acuciantes de la Humanidad se resolvían, por el momento, con la culminación de aquella empresa; más adelante... La conquista del espacio había dado comienzo unas décadas antes y allí tenía el hombre infinitas posibilidades, pero aún no había llegado el día en que las flotas de naves siderales pudiesen lanzarse a la aventura de conquistar todos los planetas de nuestro sistema.

Algunos aparatos experimentales habían conseguido llegar hasta Marte en el momento en que este planeta se encontraba más próximo a la Tierra, pero esto no era más que el comienzo de la gran aventura que habría de desarrollarse en el futuro.

El vicealmirante Hannan levantó los ojos de la carta geográfica que estaba consultando y los posó en su segundo.

—Hasta ahora, todo va bien—dijo.

—Tenemos buen tiempo y llevamos cinco horas de adelanto sobre el horario previsto—contestó el segundo de a bordo.

—Llegaremos a las Azores mañana a las once.

—Eso espero.

—¿Cuál, es el último parte meteorológico?

—Continuará el buen tiempo. Se anuncian vientos de poca intensidad en el tercer cuadrante, para la medianoche.

—Mejor—-respondió el vicealmirante.

La conversación se desarrollaba con aparente normalidad, pero había algo en el gesto adusto de los dos hombres de mar que parecía encerrar una profunda preocupación.

Durante unos minutos estuvieron entregados a sus respectivos trabajos, como si nada anormal sucediera, pero cierta tensión flotaba en la atmósfera del puente de mando y se reflejaba en los rostros de cuantos allí estaban.

—¿Mantenemos la presión de las calderas? —preguntó el primer oficial.

—Sí—repuso el vicealmirante—. Cuanto antes avistemos las costas de las Azores, tanto mejor.

El segundo de a bordo miró a su superior jerárquico y una muda interrogación apareció en sus ojos.

—Confieso que estoy preocupado, comandante—respondió el vicealmirante—. Jamás he podido soportar aquello que no puedo comprender.

—Yo confío en mi buena estrella—respondió el comandante—. Esta vez llegaremos bien a puerto.

—¡Dios le oiga!

La preocupación de aquellos hombres estaba plenamente fundamentada.

Desde algún tiempo antes se sucedían una serie de extraños fenómenos sobre la superficie del mar, que tenían desconcertados a todos los hombres de ciencia de la tierra y habían despoblado los mares, haciendo que las flotas mercantes permanecieran en los puertos, sin atreverse a hacerse a la mar.

Aquellas circunstancias habían motivado que se volviera al sistema de convoyes, recayendo sobre la Marina de Guerra la responsabilidad de los mismos.

Centenares de barcos habían desaparecido en el breve intervalo de un segundo, sin dejar tras de sí ni el menor rastro.

Se conocían las causas de aquellas catástrofes, pero no el misterioso mecanismo que las ponía en marcha.

—La supresión de ciertos experimentos, que se han venido realizando hasta ahora, contribuirá a que mejoren las condiciones de la navegación—dijo el segundo de a bordo—. Estoy seguro de que todo obedece a la utilización de las aguas del mar para proveer de energía a las grandes centrales que hoy se esparcen por el mundo.

—No creo que eso sea suficiente. Hemos desencadenado a las fuerzas de la Naturaleza y quizá ya no tengamos ocasión de hacer marcha atrás—respondió el vicealmirante—. Tengo la íntima

convicción de que hay algo que se escapa a nuestro control. La guerra de 1974 ya estuvo a punto de destruimos totalmente. Ahora son las nuevas fuentes de energía que utilizamos las que nos ponen al borde de la catástrofe.

Las palabras del vicealmirante eran amargas y pesimistas, pero reflejaban el sentir general de todas las gentes.

Las autoridades mundiales habían pretendido explicar aquellos fenómenos, pero era lo cierto que no habían convencido a nadie.

La audacia de los científicos no conocía límite y se temía, con bastante fundamento, que alguno de los grandes experimentos pudiera tener incalculables y desastrosas consecuencias.

El convoy seguía su camino y la comunicación por radio con los comandantes de las distintas unidades parecía indicar que todo marchaba normalmente.

De pronto, la voz del vigía se hizo oír por el altavoz:

—¡Atención a barlovento!

El vicealmirante cogió el micrófono que comunicaba con la torre del vigía y preguntó con voz excitada:

—¿Qué sucede?

—No puedo precisarlo, señor—contestó el vigía—. Se trata de un extraño fenómeno atmosférico.

—¿A qué distancia?

—A unas cincuenta millas.

El vicealmirante salió a la parte exterior del puente de mando, seguido por su segundo.

Aproximó los prismáticos electrónicos a sus ojos y dirigió su mirada hacia el lugar que había señalado el vigía.

—¡Cielos!—exclamó.

El segundo dirigió sus prismáticos hacia aquel lugar y tampoco podía dar crédito a sus ojos.

—¿Qué demonios puede ser eso, señor?

—No tengo la menor experiencia sobre el asunto—contestó el vicealmirante—. ¡Jamás he visto un fenómeno semejante!

Razón tenían los dos hombres para mostrarse sorprendidos. A unas cincuenta millas de distancia podía divisarse algo verdaderamente sorprendente. Una gran zona de la atmósfera parecía tender sobre el horizonte un espeso manto de vapores, en medio del cual se veían estallar inmensos fogonazos rojos y amarillos.

A la manera de un telón que bajara del cielo, aquel manto de luces y vapores iba descendiendo desde las alturas hasta la superficie del mar, dando al paisaje el más fantástico tinte.

Cuando el borde inferior de aquella cortina de humo y fuego tomó contacto con la superficie marina, el fenómeno adquirió nuevas y gigantescas proporciones. Un vivísimo resplandor, miles de veces más potente que el del sol, se esparció por todo el ámbito marino, en una superficie de más de diez mil millas cuadradas. Al mismo tiempo se elevaba en el aire una gigantesca columna de gases, de un espeso color blanco, cuyos bordes brillaban con infinita intensidad.

—¡Eso es una explosión atómica!—exclamó el segundo de a bordo.

—Tome el tiempo para medir la onda sonora—ordenó el vicealmirante.

El segundo miró su reloj y constató la hora exacta.

—Las cinco, dos minutos y treinta y cuatro segundos—dijo.

Al primer relámpago deslumbrador siguió otro, y después otro, y así sucesivamente, en una interminable cadena que se iba aproximando a enorme velocidad.

—¡Se dirigen hacia aquí esas explosiones! —casi gritón el segundo.

El vicealmirante se volvió hacia el primer oficial y dio unas órdenes tajantes:

—¡Desvíen el rumbo cuarenta y cinco grados! ¡Máquinas a toda presión!

El oficial transmitió las órdenes y el zumbido de los motores atómicos fue creciendo considerablemente.

—¡No conseguiremos escapar!—exclamó el segundo—. Las explosiones se aproximan a enorme velocidad.

—Este es el fin, comandante—respondió con seguro acento el vicealmirante—, Comunique con nuestra base y haga la descripción más detallada posible del fenómeno.

El oficial se dirigió con rapidez a la cabina de comunicaciones y comenzó a radiar el angustioso mensaje.

Mientras tanto, se había dado la voz de alarma y todos los marineros ocupaban sus puestos, impertérritos, dispuestos a enfrentarse con el desconocido peligro que los amenazaba.

La cortina de ígneos vapores parecía haberse detenido sobre el lejano horizonte, pero no sucedía lo mismo con los cegadores fogonazos que parecían surgir de las entrañas mismas del mar.

Inexorablemente se iban acercando al lugar que ocupaban los navíos, eslabonándose de diez en diez millas, aproximadamente.

La superficie del mar parecía volatilizarse al conjuro de aquellos fogonazos y grandes masas de centelleante vapor se elevaban hasta

el cielo, hasta ocultar de la vista el firmamento.

Por fin, uno de aquellos destellos tuvo lugar en la zona por donde navegaba el convoy.

Si alguien hubiese visto lo que sucedió no habría podido dar crédito a sus ojos.

Los barcos, el mar, el aire mismo se fundieron en aquel relámpago y una inmensa columna de vapor se elevó en los aires, como si del fondo del mar surgiese el indomable chorro de un poderoso geiser.

Lo más sorprendente del caso era que no se oía ni la más leve explosión y sí solamente un agudo silbido como el que pudieran producir un millón de locomotoras al abrir el escape de gases de sus calderas.

Durante varios minutos continuó el fenómeno, que daba la impresión de que se habían abierto las puertas del infierno. Luego, fue elevándose hacia el cielo la espesa y refulgente nube, dejando visible la superficie del mar, azotada por un furioso oleaje, del cual se desprendían grandes cantidades de vapor de agua.

Del imponente convoy de modernísimos barcos no quedaba ni el más leve vestigio. Ni en la superficie del mar ni en el fondo del mismo sería posible hallar la menor huella de las poderosas embarcaciones, que se habían volatilizado como si se tratara de pequeños barcos de papel que fueran presa de las llamas despiadadas de un voraz incendio.

CAPÍTULO II

Richard Bonning detuvo su automóvil junto a la garita de los centinelas.

Un oficial del Ejército Territorial de los Estados Unidos se aproximó al vehículo y miró al hombre que lo conducía.

—¿Eres tú, Richard? No esperaba que regresases hasta pasado mañana.

—Ya hemos resuelto nuestro problema con la Comisión Mundial del Espacio—contestó Richard, al tiempo que dirigía una sonrisa de simpatía a su interlocutor.

—Por lo que veo ha venido Mak también.

El hombre que se sentaba al lado de Richard levantó una mano en señal de amistoso saludo y rezongó algunas palabras.

—Sí, ya estamos aquí, Donald. Desde ahora tendré que volver a soportarte a las horas de comer y cenar. ¡En mi vida he visto un comandante del Ejército Territorial más tonto ni más feo!

—¡Eh, oye!—exclamó el comandante Donald. ¿A qué vas a tener que enseñarme tus papeles para poder entrar en el recinto?

—¡Y un cuerno!—respondió Mak con fingido enojo—. Un día de estos tendré que darte una buena paliza para que no olvides que fui el capitán de la banda a la que pertenecíamos los dos cuando éramos niños.

—Eres un coyote desdentado que ya no puede hacer otra cosa que ladrar—sonrió Donald. ¿No sé cómo lo has elegido para pilotar tu aparato, Richard? En cuanto se vea lejos de mí se pondrá a llorar y no habrá manera de sacar el menor partido de él. Más vale que lo dejes en tierra. Lo que tú pretendes, Richard, es para hombres de pelo en pecho.

—¡El diablo te lleve, condenado!—rezongó Mak.

Richard sonrió y miró a sus dos amigos.

—Habláis como dos cotorras y luego seríais capaces de mataros el uno por el otro.

—¡Hombre, hay que ayudar a los débiles! —exclamó Donald.

—Toma—dijo Mak tirándole un paquete a Donald—. Busqué unos buenos pañales para ti en Nueva York, pero al no encontrarlos de tu talla te he traído esto.

Donald deshizo el paquete y vio su contenido: se trataba de media docena de corbatas, elegidas con él mejor gusto.

—¡Ajá! ¡Son estupendas! Siempre he pensado que eras un poco tonto, pero buen chico.

—Pensé que te vendrían bien si es que piensas acabar tus inútiles días colgado de la rama de un árbol—dijo Mak con el desenfado de quien expresa algo la mar de natural.

—Bueno—intervino Richard—, vamos a ver al profesor.

La cara risueña de Donald cambió repentinamente de expresión, adquiriendo un taciturno matiz.

—-¿Sucede algo?—preguntó Richard.

—Hay malas noticias.

—¿Ha vuelto a haber sabotaje en el «Sagitario Z»?—preguntó Mak.

—No—repuso Donald—, no van los tiros por ahí esta vez.

—¿Qué ha sido?—preguntó Richard.

—Hay mar de fondo. Los hombres que trabajan en el «Sagitario Z» parecen estar inquietos y llevan dos días sin poner una mano en el trabajo.

—¿Qué dice el profesor Lowe?

—Ha hablado con una comisión de ellos, Richard; pero creo que no han llegado a ninguna solución.

—¿Qué quieren esos hombres?—gruñó Malí. Cobran el sueldo que les da la gana; disfrutan de todas las comodidades y tienen con ellos a sus mujeres e hijos. ¿Qué es lo que quieren?

—Sencillamente una cosa: ¡que no se construya el «Sagitario Z»!

—¡Eh!

Los dos amigos habían soltado al unísono la exclamación y se miraban asombrados.

—¿Pero cómo demonios se les puede ocurrir semejante disparate?—preguntó Richard en el colmo de su asombro.

—Circulan varias versiones—repuso Donald—. La más verosímil es la de que creen que todos los experimentos que se realizan en la actualidad van a conducir al fin del mundo. Parece ser que en otros países se ha iniciado un movimiento de protesta contra las nuevas realizaciones científicas. La serie de inexplicables fenómenos que se vienen produciendo los han llevado a esa conclusión.

—¡Pero eso es absurdo!—exclamó Richard.

—¿Os habéis enterado de la desaparición de la flota de transporte del vicealmirante Hannan? La radio difundió la noticia hace algunos días.

—Sí—contestó Richard—. Estábamos en Nueva York cuando sucedió eso.

—¿Y qué dice la Comisión Mundial del Espacio de todos esos... «accidentes»?

Richard lanzó un suspiro de desaliento y miró rectamente a los

ojos de su amigo.

—He de reconocer que están tan desorientados como una tortuga en un tonel. Hasta ahora no hay una explicación que sea convincente. Todo son teorías y supuestos, pero nada realmente concreto.

—¡Pero, desde luego, nada tienen que ver nuestros trabajos con ello!—exclamó Mak—. El hecho de que no haya una explicación plausible para esa serie de misteriosas catástrofes no autoriza a sacar conclusiones tan descabelladas como las de estos hombres.

—Pues, esto es lo que hay, amigos—concluyó Donald—. Yo tengo a mi gente alerta para entrar en acción si llega el caso. Por el momento no me verás en la mesa a las horas de comer y cenar, Mak.

—Lo siento—respondió éste seriamente—. Espero que se resolverá la cuestión cuanto antes.

—Vamos a ver al profesor, Donald. Hasta la vista—resolvió Richard.

El automóvil continuó su marcha y las puertas del amurallado recinto se cerraron tras él.

Aquella zona estaba ubicada en lo que antiguamente fuera la pequeña ciudad de North Platte, en el estado de Nebraska. Situada a orillas del río Platte, afluente del Missouri, era el lugar donde se estaba construyendo la más poderosa de las naves siderales que creara hasta entonces el cerebro humano: el «Sagitario Z.»

Richard Bonning era el autor del proyecto y ya queda dicho que Mak había de ser el piloto del formidable avión sideral.

Un completo equipo de científicos, bajo la dirección del mundialmente famoso profesor Noah Lowe, se había encargado de llevar a la práctica el proyecto y la estructura del aparato había comenzado a tomar cuerpo, para convertirse, poco a poco, en maravillosa realidad.

El automóvil avanzó lentamente por entre el conglomerado de edificios que constituían la factoría propiamente dicha y se detuvo frente a las oficinas que eran el cerebro de aquella empresa.

Apenas pusieron el pie en tierra los dos hombres cuando alguien salió del edificio y se dirigió hacia dios son las manos extendidas y un tinte de profunda satisfacción en la mirada.

—¡Richard! ¡Mak! ¡Gracias a Dios que ya estáis aquí!

—¡Hola, Doug!—dijo Richard.

—¿Cómo estás, cabeza de besugo?—saludó Mak con su habitual desenfado.

—Jamás he deseado tanto que volvierais. Las cosas no marchan

muy bien.

—Ya lo sabemos—repuso Richard.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Ha sido Donald—respondió Mak.

—¡Ah, sí! Era de suponer que os informara en cuanto entraseis.

—¿Está el profesor Lowe?

—Ahí dentro lo tenéis. Se alegrará mucho de que estéis a su lado en estos momentos.

—¿Y el «Sagitario Z»?—preguntó Richard.

—Por el momento está todo en orden. Donald le ha puesto una guardia especial para evitar que algunos exaltados pretendan destruirlo. Yo he revisado sus partes más importantes todos los días, pues no quiero que nos den ninguna sorpresa.

—Has hecho muy bien, Doug. Luego hablaremos del asunto. Ahora me urge ver al profesor Lowe.

—Yo voy a echar un vistazo al aparato. Os veré luego.

Doug Kowen era el encargado de la parte mecánica del «Sagitario Z» y ponía tanto cuidado en el aparato como si se tratase de un hijo suyo.

El despacho del profesor Lowe estaba sumido en una agradable semipenumbra y el hombre de ciencia aparecía sentado en un confortable sillón. Estaba inmóvil y su mirada perdida parecía leer algo más allá de los límites de la habitación.

Richard tosió discretamente para llamar la atención del sabio, pero éste ni se movió siquiera.

—Profesor...—insinuó Mak.

Tampoco en esta ocasión obtuvieron mejor resultado en su intento de llamar la atención del científico.

Richard, avanzó unos pasos y se detuvo ante la meditativa figura de Lowe.

—Me alegro de verlo nuevamente, profesor —dijo.

El hombre salió de su abstracción y se incorporó un tanto, clavando su penetrante mirada en ios ojos de Richard.

—Querido Richard—dijo en el tono más natural—. Empiezo a comprender todo lo que sucede o, mejor dicho, una buena parte de lo que sucede.

—¿Se refiere a la actitud de los hombres que trabajan en nuestro proyecto?

—¿De qué hombres habla...? ¡Ah, sí! ¡Lo había olvidado por completo! ¡También había olvidado que han estado ustedes fuera durante varios días! ¿Cómo están? ¿Ha ido todo bien?

—Magníficamente—contestó Richard—. La Comisión está de

acuerdo en que continuemos nuestros trabajos. He logrado convencerlos de que es necesario superar la actual fase.

—Excelente, excelente—repuso el profesor—. De cualquier modo habríamos continuado.

Richard y Mak lanzaron una mirada interrogante al profesor. ¿Qué querían decir aquellas palabras?

—Sí—aseguró el anciano—. Creo tener argumentos de sobra para convencer a cualquier Comisión, por contraria que se muestre a la prosecución de nuestro proyecto.

El hombre de ciencia hablaba con tal aplomo que nuestros dos amigos no dudaron ni un instante en creer que algo importante tenía que comunicarles.

El profesor Lowe era uno de los cerebros privilegiados de la Tierra y sus palabras debían aceptarse siempre con absoluta seriedad. Tenía cerca de setenta años y era de regular estatura y pocas carnes, pero su cuerpo aún conservaba, una gran energía, la cual le permitía pasarse noches enteras en el laboratorio, sin acusar el menor síntoma de cansancio. Sus conocimientos abarcaban casi todos los campos de la Ciencia, especialmente los de la Física-Química, y su cerebro era capaz de hacer cálculos matemáticos de memoria, que a otro hombre costarían muchas horas y un empleo abundante de papel y lápiz.

Su aspecto exterior contrastaba notablemente con el de sus dos interlocutores, pues tanto Richard como Mak eran de constitución atlética y estaban en plena juventud, pero la mirada de los tres hombres tenía el mismo aire audaz y decidido.

—¿Quería referirse a eso cuando nos dijo que empezaba a comprender una buena parte de lo que sucede?

—Así es… Pero siéntense antes de que continúe.

Los dos amigos tomaron asiento frente al profesor y éste se acarició la barbilla, como si ello le ayudase a poner en orden sus ideas.

—Estos dos días de paro forzoso me han permitido disponer de tiempo para pensar en lo que está sucediendo sobre la superficie de nuestro planeta.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?—preguntó Male.

—A más de una, Mak. Y por cierto no son conclusiones muy halagüeñas.

—Ardo en deseos de conocerlas—intervino Richard.

—La primera conclusión es la de que esos extraños fenómenos que se observan sobre la superficie de los mares terrestres no son explosiones nucleares, como se ha pretendido, sino todo lo

contrario.

—¿Quiere decir que son fusiones nucleares? —preguntó Richard.

—Usted lo ha dicho, querido Richard—. No es, ni más ni menos, que la fusión de los átomos de deuterio o hidrógeno pesado que contiene el agua del mar. Al fundirse dos átomos de deuterio forman uno de helio, desprendiendo calor. Ello explica la ausencia de radiactividad y las características de esas misteriosas y silenciosas «explosiones» que han podido ser observadas a gran distancia, sin que nuestros sismógrafos detecten el ruido.

—Pero para conseguir eso es preciso una gran cantidad de calor que lo provoque—repuso Richard.

—Esa es la segunda conclusión a la que he llegado. Por los informes que poseo, el fenómeno comienza en la atmósfera, ¿no es cierto?

—Así es—respondió Mak.

—Pues no es en el mar mismo donde hay que buscar la explicación al misterioso fenómeno, sino «arriba». ¿Me entienden?

—¿Quiere decir: en la atmósfera?—preguntó Mak.

—Más alto, Mak; más alto.

—¿En el espacio interplanetario?

—Casi ha dado en el clavo, Richard. Hay que buscarlo en uno de los planetas de nuestro sistema solar.

—¿En cuál?

—¡En Venus! — exclamó triunfalmente el profesor—. Hacia ahí deben dirigirse nuestras observaciones. El coeficiente de movimiento molecular de las distintas zonas atmosféricas me indica que es de Venus de donde nos viene la formidable fuente calorífica que provoca semejantes cataclismos.

El profesor Lowe se lanzó a exponer las razones por las cuales hacía tan rotunda afirmación, pero nuestros dos amigos, a pesar de su indudable preparación científica, se vieron incapacitados para seguirlo por el laberinto de cálculos y teorías con que el profesor ilustró su tesis.

—No sé si acertaré plenamente—concluyó el profesor después de un buen rato de perorar sin interrupción—, pero estoy seguro de que me acerco a la verdad.

—Jamás supuse que Venus pudiera enviarnos una cantidad semejante de calor—repuso Richard—. Según tengo entendido, hacen falta varios millones de grados para conseguir la fusión del deuterio.

—No se equivoca usted, Richard—sonrió el profesor.

—Además—intervino Mak—-, la Tierra no recibe por igual esas

descargas caloríficas.

—De acuerdo—concedió el profesor—. Ahí está precisamente el nudo de la cuestión. La temperatura de Venus no llega a ser el doble que la de la Tierra; ¿cómo puede enviarnos, pues, esos haces caloríficos?

—¿Tiene usted la contestación a esa pregunta, profesor?—sonrió Richard.

—No; pero sí que tengo el medio que nos permita contestarla.

—¿Cuál es?—preguntó Mak.

—¡Hacerle una visita a Venus!

—¡Para eso tendríamos que terminar el «Sagitario Z»!—exclamó Richard.

—Por eso les decía que disponía de argumentos capaces de convencer a cualquier Comisión—sonrió el profesor.

—Precisamente, ahora parece ser que se encuentran dificultades en cuanto a la continuación de nuestros trabajos.

—Es cierto. ¡Las eternas supersticiones! —exclamó el profesor—. En cuanto hay algo que no se comprende nos decidimos a destruir aquellas otras cosas que tampoco comprendemos, asociando ambos desconocimientos en una absurda relación de causa y efecto.

—¿Habló usted con los trabajadores?

—Lo hice, Richard. No hay nada que hacer. El pánico se ha apoderado de ellos y veo muy difícil que podamos continuar con los mismos equipos.

—¿Sería conveniente solicitar del Gobierno Territorial de los Estados Unidos el relevo de estos tres mil hombres por otros que estén dispuestos a colaborar?

—Así lo creo yo—repuso el profesor.

—Me parece difícil que lo consigamos—intervino Mak—. Ahora están demasiado ocupados en contrarrestar las consecuencias acarreadas por los «accidentes» que han terminado con la mayor parte de nuestras flotas.

—He solicitado algunas comprobaciones a varios colegas de distintos observatorios de la Tierra—aseguró el profesor—. Si encajan con mi teoría marcharé a convencer a los miembros del Gobierno Mundial. Porque no les he dicho que abrigo el temor de que nuestro satélite natural, nuestra blanca y romántica Luna, pueda precipitarse sobre la Tierra, pulverizándola.

—¡Cómo!—se asombró Mak.

—Una perspectiva nada halagüeña, ¿verdad?—sonrió el profesor.

—¡Pero eso es lo más fantástico que he oído en mi vida!—

exclamó Richard.

—Sin embargo, es lamentablemente probable—respondió serenamente el profesor.

Nuestros dos amigos no cabían en sí del asombro que sentían, pero sucedió algo que los hizo reaccionar, dejando de lado, por el momento, la asombrosa revelación que acababa de hacerles el profesor.

Alguien lanzó una piedra desde el exterior y los cristales de una ventana saltaron hechos añicos, cayendo al suelo con gran estrépito.

—¿Qué demonios sucede?—preguntó Mak alarmado.

Del exterior llegaba un confuso rumor de voces que fue creciendo como una tempestuosa marea.

Alguien gritó de modo que su voz llegó per-

fectamente a los oídos de los tres hombres por encima del general y amenazador murmullo:

—¡Mueran los que quieren destruir el mundo!

—¡Impidamos que continúen sus experimentos suicidas!—gritó otro.

Mak intentó acercarse a una de las ventanas, pero Richard lo sujetó por un brazo, impidiéndoselo.

—Espera. Pueden estar armados.

—Pero es preciso ver qué es lo que sucede —protestó Mak.

—Pueden estar armados y disparar contra ti en cuanto te vean perfilarte en la ventana. Primero apagaremos las luces.

Uniendo la acción a la palabra se acercó al conmutador y dio la vuelta a la llave.

La habitación quedó sumida en la más absoluta oscuridad y la voz de Richard se dejó oir nuevamente:

—Arrima al profesor a una de las paredes que no estén en la enfilada de las ventanas, Mak.

—El temor de esos condenados ha podido más que su sentido común—refunfuñó el profesor.

Algunos golpes sonaron en la puerta y pudo escucharse el confuso rumor de algunas voces excitadas.

Richard abrió la puerta del despacho y varios hombres de los que prestaban sus servicios en las oficinas del piso inferior entraron en la habitación.

—¡Quieren linchamos!—exclamó uno de los recién llegados.

—Hemos atrancado las puertas—dijo otro.

—Está bien — respondió Richard—. Ahora arrímense a las paredes y no hagan ningún comentario.

Todos obedecieron lamentándose en voz baja, pero la voz

autoritaria de Richard no daba lugar a la menor vacilación.

—Ahora ya podemos acercarnos a las ventanas, Mak.

Los dos hombres atravesaron la habitación en silencio y lanzaron una ojeada al exterior.

CAPÍTULO III

Una ingente multitud, constituida por varios millares de personas, se agolpaba alrededor del edificio y sus voces encrespadas rasgaban el aire de la noche.

La mayor parte de aquellos seres eran sim pies comparsas, movidos por algunos cabecillas que vociferaban con toda la fuerza de sus pulmones.

—Esto se pone verdaderamente feo, Richard —musitó Mak.

—Llama a Donald—ordenó el aludido.

Mak se dirigió a tientas hacia el teléfono e intentó la comunicación.

—¡Han cortado los hilos!—exclamó.

—Por lo visto se trata de un asedio en toda regla—dijo el profesor.

—Esos hombres han perdido la cabeza—murmuró Richard.

—Será mejor que intente hablarles yo—propuso el profesor.

—Lo haré yo mismo.

—Ten cuidado, Richard—intervino Mak.

—No hay remedio. Intentaré hacerles que vuelvan a la razón.

Dichas estas palabras se dirigió a uno de los balcones y, abriendo las puertas de par en par, salió al exterior.

Un violento murmullo acogió su presencia.

—¡Escuchadme un momento! — gritó Richard.

—¡ Fuera! ¡Fuera!—gritaron varias voces.

—No soy un enemigo vuestro...—continuó nuestro héroe.

Pero sus palabras fueron ahogadas por un griterío ensordecedor.

—¡ Queremos que cesen todos los experimentos !

—¡Acabaréis por destruirnos a todos!

—¡Os obligaremos a las buenas o a las malas!

Las voces se levantaban airadas sobre la marea de la multitud, haciendo imposible entablar el diálogo.

—¡Sólo os pido un minuto de atención!—gritó Richard, intentando dominar el tumultuoso griterío.

—¡Ya estamos hartos de palabras! ¡Queremos hechos!

—¡Vamos por ellos, muchachos!

De pronto, dos disparos rasgaron el aire, imponiéndose al formidable griterío.

Las balas silbaron cerca de la cabeza de Richard y fueron a clavarse en el techo de la habitación.

—¡Retírate de ahí!—gritó Mak a su amigo—. ¡Es inútil tratar de

convencerlos!

Pero Richard no hizo el menor caso. Dirigió una serena mirada a la multitud que tenía a sus pies y permaneció impávido.

Aquel gesto pareció impresionar a cuantos allí se habían reunido.

Las voces se fueron apagando y un movimiento de respeto cundió entre las apretadas filas.

—Quiero aseguraros formalmente que nuestros trabajos nada tienen que ver con los fenómenos que hoy azotan a los terrestres. Estoy dispuesto…

Pero nuevamente fue interrumpido por la voz estentórea de uno de los cabecillas de aquella revuelta.

—¡No os dejéis embaucar! ¡Lo único que quieren es ganar tiempo!

De nuevo volvió a agitarse aquel mar de encrespadas voces y un nuevo disparo atravesó la hombrera del traje de Richard.

—¡Apártate de ahí, condenado!—rugió Mak.

Richard parecía insensible al peligro y sus ojos miraban profundamente al hombre que había disparado contra él. Se trataba de un individuo de unos cuarenta años y complexión robusta. Su piel era oscura, aunque no podía catalogarse como la que corresponde a los hombres de la raza negra, pues más bien tenía un tinte cobrizo.

Mak adelantó unos pasos y consiguió arrancar a viva fuerza a su amigo del peligroso lugar que ocupaba.

—Es inútil, Richard. Sólo conseguirás que te atraviesen el cuerpo con media docena de balas.

Casi en el instante mismo en que Richard era apartado del balcón se apagaron todas las luces, sumiéndose todo en la oscuridad.

—¿Qué van a hacer de nosotros?—preguntó con voz lastimera uno de los empleados que habían acudido a refugiarse en el despacho.

—Dejémosles tiempo para que se apacigüen —recomendó el profesor—. En cuanto se hayan desahogado se marcharán.

Pero sus esperanzas resultaron fallidas. El griterío continuó y no tardaron en aparecer varias antorchas, las cuales iluminaron la escena con dramáticos tintes sanguinolentos.

—¡Prendamos fuego a la casa!—gritó alguien.

—¡Malditos condenados!—aulló Mak—. Será cuestión de que les contestemos como se merecen. ¿Hay alguien que tenga una pistola?

Tres o cuatro de los empleados respondieron afirmativamente.

—Al primero que se acerque con la intención de prender fuego a la casa lo tumbaremos de un tiro—murmuró Mak entre dientes.

Se apoderó de una de las armas y fue a apostarse junto a una de las ventanas, desde la cual dominaba perfectamente la situación.

—¡Estate quieto, Mak!—ordenó Richard con enérgica voz.

—¡Quieren achicharrarnos aquí dentro ¡-—respondió el aludido.

—De todos modos, te ordeno que no dispares.

—¡Pero, Richard!

—Lo que oyes, Mak. Esos hombres han perdido la cabeza, pero nosotros no debemos perderla.

Mak refunfuñó algunas protestas pero acabó por obedecer la orden de su amigo.

—Como tú quieras, Richard; pero te prevengo que la cosa va en serio. Cualquiera de ellos, aisladamente, no se atrevería a nada, pero todos juntos...

—Quizá sea preferible que salgamos a enfrentarnos con ellos. No se atreverán a atacarnos si ven que vamos desarmados.

En aquel instante, cuatro poderosos reflectores cayeron sobre la embravecida multitud y una descarga cerrada de fusilería atronó el aire.

Hubo un movimiento general de sorpresa y, luego, como la impetuosa corriente que salta por encima de un dique, la multitud inició la estampida, haciendo retumbar el suelo con sus pisadas al comenzar la desbandada.

—¡Ahí tenemos a Donald y sus hombres! —gritó Mak con entusiasmo.

A la primera descarga siguieron otras varias y el movimiento general de retirada se convirtió en precipitada fuga, entre ayes y maldiciones de los que caían al suelo y eran pisoteados por sus propios compañeros.

La marea humana se fue esparciendo por todas direcciones y un minuto más tarde quedaba completamente despejado el acceso al edificio.

Una columna de soldados, formados de dos en fondo, avanzó por entre los fugitivos más rezagados y rodeó la casa a una orden de su jefe. Llevaban las armas preparadas y actuaban con disciplinada rapidez.

Uno de los oficiales se destacó de la columna y se encaminó hacia la puerta.

—Es Donald—dijo Richard—. Vamos a abrirle la puerta.

Alguien sacó una linterna eléctrica y se la entregó a Mak.

—Yo iluminaré el camino, Richard.

Los dos hombres descendieron las escaleras y allanaron la entrada a su amigo.

—¡Richard! ¡Mak! ¿Estáis bien? ¿Hay algún herido?

—Tranquilízate, Donald. Afortunadamente no hay víctimas.

Los tres hombres subieron al piso superior y fueron recibidos con muestras de general satisfacción.

—No he podido intervenir antes—dijo Donald—;. No son muchos los hombres de que dispongo y era necesario darles un buen susto a esos locos.

—He oído varias descargas—intervino el profesor.

—No pase usted cuidado, profesor — sonrió Donald—. Hemos disparado al aire. Con eso ha sido suficiente.

—Han cortado la luz—intervino Mak.

—Han sido mis hombres. Pensé que sería más eficaz mi intervención si la hacíamos en la oscuridad. Ahora mismo quedará resuelta esa cuestión.

Se asomó a una de las ventanas y dio una orden al oficial que estaba a la puerta de entrada.

—Dad nuevamente paso a la corriente, Mike.

—A sus órdenes, comandante.

Pocos minutos más tarde volvía a iluminarse el vasto conglomerado industrial.

—Voy a telefonear a Kearney para que manden refuerzos. La situación es verdaderamente grava.

—Han cortado la comunicación telefónica con el exterior—informó Mak.

—No—repuso Donald—. Sólo lo han hecho con el cuerpo de guardia. Mis hombres ya deben haberlo reparado.

Pocos minutos más tarde, Donald conseguía ponerse en contacto con sus superiores de la base de Kearney y les hacía un informe detallado de lo sucedido.

—Mandarán refuerzos inmediatamente—informó Donald cuando hubo terminado la conferencia telefónica—. Al amanecer ya estarán aquí.

Uno de los empleados, que estaba asomado a la ventana dio una voz de alarma.

—¡Están pegando fuego al poblado!

Nuestros amigos se precipitaron al balcón y pudieron comprobar que era cierto lo que decía aquel hombre.

El poblado, que albergaba en cómodas y modernas casas de plástico a los obreros, se encontraba en la parte norte de aquel conglomerado y algunos edificios comenzaban a arder en el

interior, pues las paredes eran incombustibles.

—Han debido almacenar los muebles y las ropas y les han pegado fuego—comentó Mak.

—No tendré más remedio que cargar contra esa gente—dijo Donald.

—¿Y los demás hombres del equipo científico?—preguntó el profesor.

—Están en sus pabellones. He dejado una guardia para que los proteja.

En aquel momento llegó hasta los oídos de nuestros amigos el eco de algunos disparos.

—¿Qué demonios sucede ahora?—preguntó Mak.

—¡Los disparos vienen del lugar donde está emplazado el pabellón donde se construye el «Sagitario Z»!—exclamó Richard.

—¡Estos condenados están decididamente locos!—gruñó Donald.

—¡Vamos allá!—dijo Richard con voz que ahogaba la emoción.

Donald tomó la delantera y no tardaron en encontrarse los tres amigos en la puerta del edificio.

—¡Teniente, sígame con su sección!—ordenó Donald sobre la marcha.-

—¡En columna de a dos!—ordenó el teniente a sus hombres—. ¡A paso de carga!

La pequeña columna se puso en marcha y unos minutos más tarde habían salvado los setecientos metros que los separaban del pabellón donde se montaba el «Sagitario Z».

Varios grupos de revoltosos acosaban a la guardia y los soldados disparaban sus fusiles al aire como advertencia de que estaban dispuestos a todo.

Al ver a la pequeña columna de refuerzos pusieron pies en polvorosa, excepto algunos pequeños grupos de los más recalcitrantes.

—¡Carguen!—ordenó Donald.

Los soldados se abrieron en orden de combate y cayeron sobre los rezagados, derribándolos a culatazos en el suelo.

Richard y Mak se dirigían hacia la puerta de entrada cuando vieron, a unos cincuenta metros y en una zona que estaba bastante oscura, a un hombre que se defendía desesperadamente del ataque de ocho o nueve adversarios.

—¡Es Doug!—exclamó Mak,

—Vamos en su ayuda, muchacho.

Los dos hombres desviaron su trayectoria y cayeron como una tromba sobre los atacantes.

La intervención de los dos amigos fue muy oportuna, pues Doug, sangrando por los puños y la cara, estaba próximo a caer víctima de los golpes de sus adversarios.

—¡Ya estamos aquí, Doug!—le gritó Richard. ¡Ten ánimo!

Diciendo esto cogió por el cuello al que tenía más cerca de los atacantes y, poniéndole una hábil zancadilla, lo hizo rodar por el suelo. Luego, se volvió con la celeridad de un relámpago y descargó un soberbio puñetazo en la mandíbula de otro de sus enemigos, el cual lanzó un pequeño gemido y quedó en el suelo, sin conocimiento.

—Esto te enseñará a comportarte—rezongó Richard, al tiempo que se enfrentaba con el tercero de sus adversarios.

Mak, mientras tanto, se había deshecho de otro de aquellos hombres y aporreaba a un segundo con golpes de gran fuerza y precisión.

—¿Te creías que era manco?—dijo al tiempo que largaba un gancho al estómago de su enemigo y le hacía doblar las rodillas.

Los demás combatientes, sorprendidos por la inesperada y furiosa intervención de los dos amigos, optaron por abandonar el campo, dándose a la huida.

-—¿Cómo estás, Doug?—preguntó solícitamente Richard a su amigo.

—No te preocupes de mí, Richard. Mak me ayudará a llegar hasta el pabellón. ¡Tú vete a ayudar a Karima! ¡Varios hombres salieron en su persecución. Deben estar en la orilla del río, pues la muchacha huyó hacia allí. Yo me enfrenté con algunos de los hombres de la partida.

—¿Karima? No te comprendo, Doug.

—No preguntes ahora, Richard. Están en la parte del río. ¡Corre en su ayuda!

Apenas pronunció estas palabras cayó al suelo sin sentido.

—No sé qué diablos ha querido decirme, Mak, pero voy a ir hacia ese sitio. Encárgate tú de Doug.

—De acuerdo.

Richard abandonó a sus dos amigos y se dirigió a toda prisa hacia la parte del río que pasaba por detrás del pabellón. ¿Quién era Karima? ¿Qué había querido decir su amigo?

Decididamente, aquélla era una noche endiablada, en la que nada parecía tener pies ni cabeza.

CAPÍTULO IV

El lugar adonde se dirigía Richard correspondía a una zona que estaba atravesada por el río Platte, formando un límite natural del poblado.

La luz era muy escasa, pero la luna llena lucía en todo su esplendor y matizaba de pálida claridad el paisaje, excepto en los pequeños sotos donde crecían los árboles y alargaban sus sombras sobre la tierra amarilla de las riberas.

Al principio no vio nada que llamase su atención y todo parecía estar sumido en la infinita quietud de la noche.

Se disponía a tomar la dirección sur de la ribera, cuando creyó percibir un vago rumor que venía de la parte norte.

Cambió de rumbo sus pasos y se dirigió hacia una pequeña elevación del terreno, de cuyo emplazamiento parecía venir el rumor que había escuchado.

No bien hubo avanzado algunos metros, llegó hasta sus oídos, distintamente, un confuso rumor de lucha.

No cabía la menor duda de que detrás del montículo estaba librándose una pelea.

Aceleró su marcha y dio la vuelta a la protuberancia del terreno.

A unos treinta metros de distancia, y en la misma orilla del río, vio la forma confusa de varias personas que se debatían en enconado combate.

Era indudable que la súplica de Doug tenía un fundamento.

Richard no lo pensó más y se lanzó hacia el grupo de combatientes, dispuesto a intervenir según se lo aconsejaran las circunstancias.

Conforme se fue acercando pudo precisar con mayor detalle lo que sucedía. Un grupo de siete hombres hacía frente común contra dos personas que se defendían bravamente de espaldas a la corriente del río.

Al principio creyó que se trataría de dos de los hombres que constituían el grupo científico, a los cuales debió sorprender la multitud fuera del pabellón y contra los, qué intentaban descargar toda su saña, desatada en aquella noche de pesadilla.

Pero no tardó en advertir que los atacados eran un hombre y una mujer.

Ella se debatía con desesperado esfuerzo contra dos de aquellos energúmenos, en cuya actitud se veía el decidido propósito de arrojarla a las tumultuosas aguas del río.

Los otros cinco luchaban contra el único defensor de la desdichada mujer, el cual se batía con fiereza indomable contra sus atacantes.

Richard no vaciló en tomar causa por uno de los bandos. La presencia de una mujer y la inferioridad numérica le hizo decidirse por el bando de ésta.

Saltó sobre los dos hombres que intentaban empujar hacia el río a la mujer y comenzó a pelear con toda su fuerza, y sangre fría.

Cogió a uno de ellos y tirando de su hombro le hizo dar la vuelta.

El desconocido fue sorprendido por la inesperada intervención de Richard, pero era hombre de rápidos reflejos y encajó regularmente el golpe que nuestro amigo dirigió a su estómago.

Se rehízo con rapidez y pasó a la ofensiva, conectando dos buenos puñetazos en el cuello de nuestro amigo, que le hicieron retroceder un par de pasos.

El hombre vio una rápida y fulminante victoria al alcance de su mano y se lanzó con todo su ímpetu contra Richard.

Este aguantó a pie firme la acometida y frenó el ataque de su adversario mediante un directo a la cabeza que le hizo levantar la barbilla, dejándola al alcance de su puño derecho.

Richard no desaprovechó la ocasión. Lanzó su férreo puño contra el mentón de aquel individuo y el hombre cayó de costado, como si hubiese recibido un mazazo en pleno rostro.

Los que luchaban contra el único defensor de la mujer se habían percatado de la presencia del nuevo contrincante y dos de ellos arremetieron contra Richard, sin darle tiempo a componer su guardia.

—¡Machacadle la cabeza!—gritó alguien.

Un terrible rodillazo en el estómago hizo doblegarse a Richard y sintió que se le cortaba la respiración.

A pesar de ello hizo un esfuerzo por mantenerse en pie y asestó un fuerte cabezazo a su contrario, derribándolo.

El otro contrincante intentó asestar un golpe en la nuca a nuestro amigo, pero éste logró esquivarlo y replicó con una serie al hígado que culminó con un fuerte puñetazo sobre la caja de su adversario.

El hombre, medio aturdido, apoyó sus dos manos sobre el pecho de Richard y empujó con todas sus fuerzas.

Un pequeño hoyo que había a sus espaldas le hizo dar un traspié y Richard rodó a varios metros de distancia.

En aquel momento vio como el hombre que continuaba

forcejeando con la desconocida la levantaba en vilo y conseguía arrojarla a la corriente, volviéndose con rapidez para acudir en ayuda de sus compañeros.

La mujer había conseguido asirse a unos pequeños arbustos que había en la orilla, pero el ímpetu de la corriente, que tiraba con fuerza, de su cuerpo sumergido, la ponía en un trance apurado.

La única idea de Richard fue lanzarse en socorro de la desdichada víctima, pero en su precipitación no se dio cuenta de que alguien se le acercaba por detrás.

Ya casi se había levantado cuando un objeto duro se abatió sobre su cabeza, haciéndole caer de nuevo, al tiempo que se percataba de que iba a perder el conocimiento.

Debió estar muy poco tiempo sin sentido, pues cuando abrió los ojos vio que la pelea continuaba.

El hombre que luchaba solo se había separado unos pasos de sus contrincantes y los siete agresores formaban un frente contra él, acorralándolo contra el río.

El desconocido hizo un movimiento y la luz de la luna cayó de lleno sobre su rostro.

Richard lo reconoció a pesar de las brumas que aún invadían su cerebro. ¡Era el hombre de bronceada tez que había disparado contra él aún no hacía una hora!

De pronto, sucedió algo que llenó de asombro a nuestro héroe: De las manos de aquel hombre, o más bien de un objeto que llevaba entre las mismas, surgió un blanquísimo fogonazo que envolvió al grupo de sus atacantes. La oscura silueta de los siete hombres se recortó sobre la refulgente llamarada y siete columnas de vapor blanco y azulado se elevaron en el aire, ascendiendo hacia la oscura bóveda del cielo.

Richard había sido deslumbrado por la blanca llamarada, pero tuvo la impresión de que los siete hombres se habían esfumado. Al mismo tiempo sintió que una corriente de aire caliente le azotaba el rostro y las manos.

No estaba muy seguro de estar despierto o soñando cuando un grito desgarrador llegó hasta sus oídos.

Al vivísimo resplandor había sucedido una oscuridad profunda que apenas si le permitía ver cuánto le rodeaba.

No tenía la menor duda de que el grito había salido de la garganta de la mujer y esforzó sus ojos en la dirección en que la viera algunos momentos antes.

Una débil estela de espuma le indicó que la desdichada acababa de ser arrastrada por la fuerza de la corriente.

Se levantó con el ánimo bien dispuesto y, recorriendo la franja de tierra que lo separaba del agua, se lanzó al río.

La corriente era tumultuosa y lo arrastró con fuerza incontenible. Richard luchó durante unos segundos y consiguió sacar la cabeza.

A pocos metros de distancia distinguió la cabeza semihundida de la mujer y hacia ella nadó con todas sus fuerzas.

En dos ocasiones se le escapó su presa, pero al tercer intento consiguió asir el cuerpo de la desconocida y lo apretó contra su pecho con el brazo izquierdo, mientras remaba vigorosamente con el derecho.

Un nadador menos experto quizá hubiese sucumbido en la empresa, pero Richard conservaba toda su sangre fría y tenía los músculos de acero.

Hubiese sido una locura intentar ganar la orilla nadando en sentido transversal a la corriente; por ello, se dejó llevar, desviándose paulatinamente.

Unos cuatrocientos metros más adelante consiguió hacer pie en tierra y haciendo un sobrehumano esfuerzo se aferró a unos arbustos bastante resistentes.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, poniendo todo su empeño en no dejarse arrastrar por la fuerte corriente y reponiendo sus fuerzas que estaban casi agotadas.

Cuando estuvo algo más recuperado reunió todas sus fuerzas y consiguió salir a tierra firme.

Dejó a su presa en el suelo y él mismo se tendió cuan largo era, respirando con avidez el aire fresco de la noche.

Si aquella lucha contra las embravecidas aguas hubiese durado un minuto más, a buen seguro, que habría perecido en su intento de rescatar a la desconocida.

Dos o tres minutos más tarde se incorporó y dirigió su atención hacia la mujer que yacía exánime a su lado.

Lo primero que hizo fue practicarle la respiración artificial durante algún tiempo, hasta que vio que comenzaba a dar síntomas de vida,

—Por esta vez hemos tenido suerte—murmuró entre dientes.

Continuó moviendo rítmicamente los brazos de la mujer y el pecho de ésta comenzó a moverse con el acompasado sube y baja de una respiración normal.

Un segundo más tarde, la desconocida abría los ojos y los posaba en los de su salvador.

Entonces se dio cuenta Richard de cuán hermosa era aquella

mujer.

Por el aspecto de su rostro no parecía tener más allá de veinticinco años. Sus rasgados ojos eran de un maravilloso negro profundo y sus labios, aunque habían perdido el color, eran sensuales y perfectamente dibujados. El óvalo de su cara era suave y armonioso y una oscura y revuelta cabellera enmarcaba una frente serena y limpia.

—¿Se encuentra usted mejor?—preguntó Richard.

La bella desconocida lo miró intensamente y contestó con una débil pregunta.

—¿Esos hombres…?

—No tema, ya está fuera de todo peligro.

La mujer quiso decir algo, pero las palabras no consiguieron salir de sus hermosos labios.

Cerró los ojos y dejó caer hacia atrás la cabeza. Se había desmayado.

—Esto es otra complicación — rezongó Richard—. No tendré más remedio que sacar fuerzas de flaqueza.

Cogió el delicado cuerpo de aquella criatura entre sus brazos, se puso en pie y comenzó a caminar hacia la base.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente las cosas habían cambiado por completo.

Donald y sus hombres habían bregado durante toda la noche con los revoltosos, pero la llegada de los prometidos refuerzos hizo que se restableciera el orden definitivamente.

Muchos de los obreros lamentaban haberse dejado arrastrar a la revuelta y prometieron no volver a poner obstáculos a la buena marcha de las cosas.

Afortunadamente no había que lamentar ninguna muerte y las autoridades se mostraban inclinadas a la benevolencia.

Richard había narrado media docena de veces la aventura que había corrido la noche anterior.

—En cuanto a la mujer no cabe la menor duda de quién es—sonrió el profesor—. Se trata de Karima.

—¿Pero quién es esa mujer realmente?—preguntó Richard.

—Tú no la conoces — intervino Doug— porque trabaja con nosotros desde hace muy pocos días.

—Vino a buscar trabajo después de que se fueran usted y Mak a Nueva York—prosiguió el profesor—. La sometí a algunas pruebas y quedé maravillado de la capacidad y conocimientos de esa muchacha. Le puedo asegurar que se trata de un cerebro privilegiado, amigo Richard. En vista de ello no dudé en tomarla a mi servicio. En la fase final de la construcción del «Sagitario Z» necesito ampliar mi equipo de auxiliares. Karima supone una ayuda verdaderamente formidable. Sus conocimientos de Física teórica y .de Astronomía difícilmente pueden ser igualados.

—Es un nombre raro el suyo, ¿verdad?

—Creo que pertenece a la raza hindú. El mismo color de la piel la delata.

—Quizá tenga ascendientes de raza cobriza —intervino Doug—, pues su piel es algo más bronceada que la de los de su raza.

—¿Y qué me dice de la extraña maniobra del hombre que combatía al lado de la muchacha, profesor?

Fue Donald el que tomó la palabra.

—Eso debió de ser una alucinación tuya, Richard.

—¿Una alucinación? Estoy seguro de que no lo fue.

—Tú mismo confiesas que acababas de recibir un fuerte golpe en la cabeza y que permaneciste sin conocimiento durante unos segundos —dijo Mak.

—Es cierto, pero te aseguro que vi con toda claridad la

maniobra y sentí sobre mi piel el calor.

—No basta eso—sonrió el profesor—. Hay alucinaciones que resultan de todo punto evidentes y, sin embargo, no son más que alucinaciones.

—En el sitio donde se produjo la pelea hay un trozo de tierra carbonizado—insistió Richard.

—Infinidad de pequeños incendios se han extendido por todas partes esta maldita noche pasada—replicó Donald—. A unos cien metros del lugar que nos has señalado esta madrugada había otra zona calcinada por el fuego, como tú mismo has podido ver.

Richard no contestó, pero en su cara se reflejó el enojo que sentía ante la incredulidad de sus amigos.

—No se enfade usted—intervino cariñosamente el profesor—. ¿Cómo demonios quiere usted que se produjera la volatilización de esos siete hombres? No conozco en toda la Tierra un arma capaz de producir esos efectos. ¿No es más razonable achacarlo a una alucinación? La noche fue muy agitada para todos y muy particularmente para usted.

—No quiero insistir más—respondió Richard, pero confieso que no quedo muy satisfecho.

—De todos modos, pronto saldrá usted de dudas, Richard. Karima me ha telefoneado hace un rato desde la enfermería, para decirme que se encuentra totalmente recuperada y que está dispuesta a continuar su trabajo a mi lado. Cuando venga, puede interrogarla sobre el asunto que le preocupa.

Como si aquellas palabras hubieran sido un conjuro mágico, sonaron unos discretos golpes en la puerta y no tardó en introducirse en el despacho Karima en persona.

—Si está usted ocupado puedo esperar fuera. —dijo con melodiosa voz la muchacha al ver a los hombres que acompañaban al profesor.

—Nada de eso, Karima—respondió Lowe—. Pase y le presentaré a estos amigos.

Uno a uno hizo las presentaciones hasta que le llegó el turno a Richard.

—Este es Richard Bonning, autor del proyecto en el que estamos trabajando.

La joven posó sus hermosos ojos en los de Richard y quedó en suspenso durante unos segundos.

—Es un verdadero placer conocerla, señorita.

—Creo que ya nos conocemos — dijo Karima—. Usted es el hombre que arriesgó su vida la noche pasada para rescatar la mía

de la furia de las aguas.

—No tiene importancia — respondió Richard con modestia.

—Le ruego que acepte la más profunda expresión de mi agradecimiento.

Las palabras de la muchacha habían sido las usuales en tales casos, pero su acento era frío y desapasionado, como si tratase de expresar algo sin importancia. Incluso le pareció a Richard un tanto desdeñoso.

—Le repito que no tiene importancia. Olvídelo.

—Por cierto—intervino el profesor—, nuestro amigo quiere hacerle unas preguntas sobre algo que le preocupa.

—Puede hacerlas—autorizó Karima fríamente.

—Es respecto a nuestra aventura de la noche pasada. ¿Conocía usted al hombre que peleó a su lado?

—No—respondió Karima—. Iba con Doug cuando nos vimos asaltados por una banda de doce o catorce hombres: El quedó enzarzado con unos cuantos y yo eché a correr, perseguida por los demás.

—Pero en la orilla del río había otro hombre —insistió Richard.

—Vino después. Debió verme huir y acudió en mi ayuda.

—¿Se dio cuenta usted de que ese hombre es de su misma raza?

—Me defendía de mis atacantes y no pude precisarlo. Hay varios hombres de mi raza trabajando aquí y no es raro que sucediera como usted dice.

Las respuestas de la hermosa criatura eran claras y concisas y no estaban exentas de aquel tono entre frío y desdeñoso.

—Ese no es el aspecto que más me preocupa de la cuestión—repuso Richard—. ¿Vio usted el extraño fenómeno luminoso que se produjo poco antes de que fuera arrastrada por las aguas del río?

Karima miró con ojos interrogantes a su interlocutor y no respondió nada.

—¿Comprende a qué quiero referirme?—insistió Richard.

—Sinceramente, no—contestó la muchacha.

—Ese hombre del que le he hablado apuntó a sus adversarios con un pequeño instrumento que llevaba en las manos y los envolvió en un poderoso haz de luz blanquísima, desintegrándolos en el aire.

Karima arqueó las cejas y miró con asombro a su interlocutor.

—¿No recuerda usted, señorita?

—Estoy sorprendida. No sucedió nada de lo que usted dice, señor Bonning.

—¿No vio usted el fogonazo?

—En absoluto. Cuando me lanzaron al agua, el hombre que había acudido en mi ayuda echó correr y los demás salieron en su persecución, o me mantuve durante algunos segundos asi a unos matojos y por fin me fallaron las fuerzas y fui arrastrada por la corriente. Perdí conocimiento y cuando abrí los ojos lo encontré a usted a mi lado. Eso es todo.

Aquellas palabras sumieron a nuestro amigo en una profunda confusión.

—No sé... Quizá haya sido todo...—balbuceó.

—Una alucinación—concluyó el profesor Lowe—. Creo que ya no debe preocuparse más del asunto, Richard.

—¿Falta alguien en el campamento? — preguntó Richard no queriéndose dar por vencido.

—¿Lo dices por tus siete famosos hombres? —preguntó Donald con una sonrisa.

—Quizá—contestó secamente Richard.

—Siento defraudarte. No son siete, sino más de dos mil los que han abandonado la base, amparados en la oscuridad de la noche. Seguramente temían a las posibles consecuencias que pudieran derivarse por su intervención en la fracasada revuelta. Todos los que no dejaban detrás mujer e hijos se han ido.

—En fin; vosotros ganáis—respondió Richard. Quizá haya sido todo, en efecto, una alucinación.

—Dejemos de preocuparnos de cosas sin sentido y pongámonos a nuestra tarea, amigos míos—intervino el profesor—. Precisamente he recibido algunas comunicaciones telegráficas esta mañana, que confirman mis malos augurios de ayer.

—¿En qué sentido?—preguntó Mak.

—Mi amigo, el profesor Courtney, del observatorio del Monte Palomar, ha hecho algunas mediciones con respecto a la Luna y ha podido comprobar que ésta comienza a salirse de su órbita, perdiendo altura! El fenómeno se produce muy lentamente y no puede apreciarse a simple vista, pero no por ello reviste menor gravedad.

—¿Entonces se ha confirmado su teoría sobre las mareas?—preguntó Karima, la cual había dulcificado el tono de su voz;

—Así es.

—¿Quiere explicarse, profesor? — preguntó Richard.

—Los extraños fenómenos que acontecen actualmente sobre los mares de la Tierra han modificado de tal modo el ciclo normal de las mareas que, a su vez, ha sido modificada la relación entre éstas y la Luna, desequilibrando la armonía gravitatoria. Ello ha hecho

que la Luna comience a perder velocidad y vaya reduciendo su órbita. El final inevitable, si las cosas continúan así, será que choque contra la Tierra y ambos cuerpos celestes se desintegren.

—¿Y qué podemos hacer nosotros para evitarlo?—preguntó Mak.

—Terminar la construcción del «Sagitario Z» y marchar hacia Venus, para ver si conseguimos descifrar el secreto de sus intermitentes ráfagas calóricas y las podemos evitar en el futuro.

—Precisamente encontramos ahora más dificultades que nunca para proseguir nuestro trabajo—dijo Richard—. ¡La mayor parte de nuestros trabajadores se han marchado y no creo que los que quedan colaboren de muy buena gana!

—Esta tarde marcharé a Nueva York en helicóptero para hablar pon el secretario técnico de la Comisión Mundial del Espacio — dijo el profesor—. Estoy seguro de que podré convencerlo para que nos envíen equipos que releven a los actuales, aunque tengan que sacarlos de las cinco partes del mundo.

Aquellas palabras paliaron un tanto el desaliento que comenzaba a cundir entre los hombres que con tanto ardor se habían dedicado a llevar a la práctica el proyecto que creara Richard.

—Si es la vida de nuestro planeta la que está en juego, no dudo que los convencerá, profesor —dijo Donald.

—Así sea—musitó Doug.

—Con otro empujón tendremos listo al «Sagitario Z»—dijo Mak, poniendo el mejor entusiasmo en sus palabras—. No me gustaría nada que nos lo convirtiera en una abollada lata de sardinas nuestro inoportuno satélite.

—Se ha hecho la hora de almorzar y no creo que a nadie nos haya quitado el apetito la noticia—intervino Donald—. ¿Por qué no vamos hacia el comedor?

—Me parece una buena idea—sonrió Mak—. ¿Abrimos la marcha, señorita?—dijo dirigiéndose a Karima.

La preciosa joven sonrió levemente y se dirigió hacia el exterior de la casa, caminando junto a Mak.

Richard iba detrás y sus ojos miraban atentamente la femenina silueta que le precedía.

Los atractivos de la mujer resaltaban bajo el ceñido vestido que llevaba. Sus líneas eran armoniosas y sus pasos resultaban elásticos y graciosos.

Richard se sentía atraído hacia la misteriosa mujer, pero algo le decía en su interior que debía prevenirse contra ella.

Quizá fuera la frialdad que puso en sus palabras, quizá la

desconcertante mirada que le lanzó durarte unos segundos. No lo podría precisar qué era lo que le impulsaba a ponerse en guardia contra aquella perfecta creación de la belleza femenina, pero era lo cierto que su sexto sentido le advertía de que no debía dejarse coger por la tela de araña de los encantos de aquella mujer.

CAPÍTULO VI

Los días pasaron desde los últimos acontecimientos relatados y nada vino a turbar el orden de la base dé North Platte.

El profesor Lowe había marchado a Nueva York, tal como prometiera, y los trabajos continuaban detenidos.

Richard, Mak y Doug se enfrascaron en una revisión completa del «Sagitario Z», cuya estructura se levantaba, casi acabada, sobre una gran plataforma circular.

El aparato constaba de dos cuerpos principales parte anterior constituido por un afilado cono, en cuya base se encontraba la cabina de tripulación. El segundo cuerpo lo constituía una estructura de magnesio, en forma de cuarto menguante y de la cual sobresalían los cinco motores fotónicos. Ambas partes iban unidas por la sección básica del cono, formando un todo sólido y fantástico.

—Lo que más me maravilla es tu concepción de los motores fotónicos—comentó Mák en un momento de respiro—. Casi me parecía imposible que este mastodonte del espacio pueda ser impulsado de tal manera.

—Espere que no hayan fallado mis cálculos —se rio Richard.

—Yo te aseguro que todo funcionará a la perfeción—intervino Doug.

—Adquirí mi título de piloto del espacio en la base de satélites artificiales del Polo Norte —continuó Mak—. Luego, tuve el honor de dirigir la primera expedición alrededor de Marte, pero confieso que aquello se hizo en condiciones muy diferentes.

—Entonces se trataba de satélites sin capacidad de maniobra—-admitió Richard—. Todo se reducía a darles a esos satélites una velocidad inicial, para colocarlos en una órbita que tuviera a Marte como uno de sus focos. Una vez contrarrestada la gravedad terrestre, todo se reducía a dar vueltas y más vueltas en una elipse que abarcaba a la Tierra, y a Marte.

—Pero el «Sagitario Z» es otra cosa—dijo, rio sin orgullo, Doug —. Ahora podremos navegar por el espacio a nuestra voluntad y capricho. Los motores fotónicos nos proporcionarán la energía necesaria, cualquiera que sea el sitio donde nos encontremos.

—Si he de ser sincero, confieso que aún no está muy claro para mí el funcionamiento de esos motores.

—Te lo he explicado una docena de veces, Mak—repuso Richard.

—Es natural que no me sea fácil comprender—se excusó Mak—. Yo sé volar, pero mis conocimientos de Física teórica son más limitados que los vuestros.

—¡Si es muy sencillo! —- exclamó Doug—. Como tú sabes, a cada acción corresponde una reacción de la misma intensidad y sentido contrario. ¿Recuerdas el ejemplo que te puse del fusil?

—-Sí, lo recuerdo—admitió Mak—. Quieres decir que si una bala de fusil sale disparada con una fuerza de diez kilos, pongo por ejemplo, el fusil experimenta un retroceso de sentido contrario a la dirección de la bala y de una fuerza equivalente a esos diez kilos, ¿no es así?

—Exacto—intervino Richard—. En ese principio se basa mi motor fotónico. Los cinco motores reciben los rayos luminosos y los despiden, creando un campo de fuerzas contrarias que son las que impulsan al aparato. El cómo sucede esto sería demasiado difícil de explicar.

—¿Y cuando los motores no reciban la luz del sol ?

—Entonces la creamos nosotros por desintegración atómica-— contestó Doug.

Mak se rascó la cabeza, no muy satisfecho con la explicación.

—No debes preocuparte demasiado con estas cosas—sonrió Richard—. Lo único importante para ti es conocer a fondo la utilización de los mandos.

—Eso está claro como el agua—repuso Mak.

—Doug, el profesor Lowe y yo nos encargamos de lo demás.

Después de estas palabras, los tres amigos continuaron la inspección que estaban llevando a cabo.

Quizá eran los únicos que realizaban un trabajo eficaz en toda la base.

El resto del personal estaba en espera de que volviese el profesor de su viaje y diera una solución definitiva a la situación.

Pero no todos mostraban el mismo desinterés en cuanto a la continuación de las tareas que se habían impuesto.

En la noche del segundo día se celebraba una misteriosa reunión a pocos kilómetros de la base de North Platte.

Una casita semiderruida daba cobijo a los conspiradores, los cuales no se habían atrevido a encender ninguna luz y permanecían bañados por la de la luna que entraba por una de las ventanas.

Cuatro hombres se hallaban en una de las habitaciones y, en uno de ellos» nuestros lectores habrían podido reconocer al hombre que disparara contra Richard y que más tarde peleó valientemente contra los que agredieron a Karima.

Llevaban esperando varias horas y comenzaban a impacientarse.

—¿Tú crees que vendrá, Jabug?—preguntó uno de ellos.

—Estoy seguro de que sí—respondió el hombre a quien Richard reconociera entre la multitud que rodeaba la casa donde estuvieron a punto de ser quemados vivos.

—Se retrasa mucho comentó otro.

—Ten en cuenta, Brotak, que habrá de hacer el camino a pie, si no quiere levantar sospechas.

—Fue una lástima que fracasara nuestro golpe de la otra noche.

—Conseguimos arrastrar a esos estúpidos a la revuelta, pero luego huyeron como ratas en cuanto vieron aparecer a los soldados.

—-¡Si al menos hubieses acertado cuando disparaste contra Richard!—se lamentó otro.

—Reconozco que aún no estoy familiarizado con estas armas—contestó Jabug.

-—¿ Por qué no hablamos en nuestra propia lengua?—insinuó el llamado Brotak.

—Sabes que está absolutamente prohibido.

—¡Pero ahora estamos solos!

—¡A pesar de todo!—gruñó Jabug—. Estos tipos no son del todo tontos y podríamos darles una pista si alguien nos oyera, ¿comprendido? Pueden sospechar de nosotros todo lo que quieran, todo..., menos la verdad.

—Sin embargo tú, en la orilla del río...

—Bastante lo lamento. De no proceder como lo hice, aquellas bestias me hubiesen matado.

—¿Y estás seguro de que Karima consiguió salvarse?

—Sí. Yo mismo vi como la sacaba del agua ese maldito hombre. De buena gana hubiese disparado sobre él, pero la vida de Karima dependía de que la llevase cuanto antes a la base de North Platte.

Los cuatro hombres guardaron silencio durante unos minutos, mientras Jabug miraba a través de los cristales de la ventana.

De pronto, se puso en pie y murmuró unas palabras.

—Ya está ahí.

Una sombra avanzaba en dirección a la casa, procurando esconderse entre los árboles que la rodeaban.

—¿Estás seguro de que es ella?

En aquel momento, la furtiva figura atravesó un pequeño claro y se hizo plenamente visible.

—Sí, es Karima—respondió Jabug.

Un minuto más tarde entraba la hermosa muchacha en la habitación y era saludada por los cuatro hombres.

—Toma asiento en una de estas sillas—indicó Jabug.

—¿Estás segura de que no te han seguido? —preguntó el llamado Brótak

—Nadie se ha fijado en mí cuando he salido del campamento— respondió la muchacha—. Podéis estar tranquilos.

—¿Qué noticias nos traes?

La mujer miró rectamente a Jabug, que era quien había preguntado y tardó unos segundos en contestar.

—Mejores de las que era de esperar, dada tu imprudencia, Jabug.

—¿ Te refieres a lo del río ?

—¿Por qué disparaste contra aquellos hombres?

-—No tuve más remedio, Karima. Conocía a dos de ellos y sé que no hubieran parado hasta matarme.

—Te comprometiste a morir, si era preciso, cuando nos lanzamos a esta empresa.

Jabug inclinó la cabeza sobre su pecho y no respondió nada.

—Afortunadamente he conseguido engañar a ese hombre, pero te advierto que no toleraré otro fallo semejante.

—Gracias, Karima. Procuraré no cometer otro error.

--¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Brotak.

La mujer quedó pensativa unos instantes antes de responder.

—Jabug, Kor, Zulak y yo hicimos cuanto estaba en nuestras manos para provocar la revuelta—continuó Brotak.

—Pero no se cubrió nuestro objetivo. El «Sagitario. Z» debió ser destruido.

—Yo llevé a un numeroso grupo para asaltar el pabellón donde está el aparato—dijo Kor—, pero en cuanto oyeron los primeros disparos de la guardia se atemorizaron y retrocedieron.

—Ya te vi—replicó Karima—. Lo único que conseguiste fue lanzar a unos cuantos costra mí y estuvieron a punto de despedazarme..

—Como trabajas en el grupo científico, quisieron tomar represalias en tu persona—explicó Zulak.

—El problema, ahora; es ver qué es lo que debamos hacer— intervino Jabug.

—La guardia ha sido reforzada alrededor del pabellón donde se encierra el «Sagitario Z» y será imposible acercarse.

—¿Por qué no utilizamos el desintegrador termoiónico? Nada más fácil para nosotros que aniquilar todos los edificios de esa maldita base.

—Porque si lo hiciéramos así, Zulak-—respondió Karima—,

daríamos la alarma al mundo entero. No olvides que nuestros planes no están aún ultimados. El potencial de los terrestres es considerable y nos harían pagar muy cara una invasión.

—Karima tiene razón—intervino Kor—. Lo único que necesitamos es ganar tiempo, sin descubrir nuestra personalidad; para ello es imprescindible que impidamos el viaje del «Sagitario Z» a nuestro planeta.

—Si no podemos atacar al aparato, es posible que resulte eficaz eliminar a los que lo dirigen.

—Me parece una idea muy buena—contesto Zulak.

—Yo también creo que es el mejor camino —intervino Kor.

—¿Qué dices tú, Karima?—preguntó Jabug—. ¿No crees que lo mejor será eliminar al cerebro de ese viaje?

—Yo estoy de acuerdo con Jabug—dijo Brótak—. Eliminar a Richard Bonning es más fácil que volar el «Sagitario Z», teniendo en cuenta que no podemos hacer uso de nuestras armas, para no indicar a los terrestres que hay hombres de otro planeta sobre la superficie de la Tierra.

—Si matamos a Bonning—intervino Jabug—, será muy difícil que puedan continuarse los trabajos en mucho tiempo. Quizá entonces ya no necesitemos ocultarnos—sonrió.

—¿Y si las fuerzas aéreas de Venus destruyesen esa astronave antes de que tomara tierra en nuestro planeta ?—sugirió la muchacha.

—Es correr un riesgo inútil—replicó Jabug—. Pueden mandar un mensaje a la Tierra por radio-radar en el momento de ser atacados. Los terrestres viven confiados en que Venus está deshabitado y ello nos da una gran superioridad sobre nuestros futuros adversarios. ¿Por qué habíamos de darles una posibilidad semejante, cuando podemos resolver la cuestión aquí mismo?

Los hombres que acompañaban a Jabug expresaron en voz alta su asentimiento.

Karima guardaba silencio y parecía meditar sobre aquella proposición.

—¿Te detiene algún motivo particular?—preguntó Jabug, dando a su voz un cierto matiz sarcástico.

Los ojos de Karima fulguraron en una terrible mirada, capaz de imponer respeto al más osado.

—No olvides, Jabug, que soy quien dirige esta expedición y he de meditar las decisiones.

—Tú nos adiestraste para este viaje a la Tierra admitió Jabug—. Estudiaste sus lenguas y observaste sus costumbres con nuestro

receptor radio-magnético, luego nos diste las enseñanzas necesarias para que pudiésemos llevar a cabo nuestra misión, pero no olvides tampoco que los pueblos de nuestro planeta confían en nosotros.

La tensión había subido momentáneamente en el interior de la habitación y todos se miraban en silencio ante el antagonismo que mostraban los máximos responsables de aquella aventura.

Los hombres de Venus tenían conocimiento desde antiguo de la existencia de una humanidad terrestre, a la cual habían estudiado desde sus laboratorios.

Con el progreso científico se había desarrollado la idea de invadir la Tierra y aquellos seres eran la audaz avanzadilla de los futuros ejércitos de invasión.

Uno de los pocos aparatos capaces de salvar los ciento cuarenta y ocho millones de Kilómetros, que es la distancia media que separa a los dos planetas, los había depositado sobre la superficie de la Tierra, para que recogiesen la mayor cantidad de datos que pudieran favorecer la invasión.

El conocimiento de que los terrestres preparaban una expedición más eficaz que las realizadas hasta entonces a los espacios siderales, había determinado que aquel grupo de seres se concentrara sobre la base de North Platte, en su desesperado intento de destruir el «Sagitario Z.»

—Necesitamos dos años para que nuestros ejércitos estén en condiciones de poder conquistar la Tierra—continuó Jabug—, Nuestra misión es ayudar a ganar esos dos años. ¿Por qué, nos detenemos en lo que es el cumplimiento de nuestro deber?

—La expedición del «Sagitario Z» es un grave peligro—-intervino Brotak—Lo más justo es que intentemos, impedirla o, al menos retrasarla cuanto sea posible.

Karíma se había levantado y miraba a través de la ventana hacia la infinita oscuridad que la rodeaba.

Dos encontrados sentimientos libraban una dura batalla en su corazón. Por una parte, se sentía impulsada a cumplir con el deber que voluntariamente había aceptado al asumir el mando de aquella expedición a la Tierra, llevada dentro del mayor sigilo. Por otro lado, pensaba en que dependía de una palabra suya el que fuera condenado a muerte el hombre que le había salvado la vida, sin conocerla siquiera.

Durante varios minutos permaneció con la frente apoyada en los cristales, sin atreverse a tomar una decisión.

—Esperamos tu respuesta—acució Jabug.

Lentamente se volvió hacia sus, cuatro compañeros e hizo un

gesto de asentimiento.

—Tienes razón, Jabug. Richard Bonning tiene que morir.

—Me alegra oírte hablar así— repuso el habitante de Yenus—. No podía esperarse otra cosa de la hija de Karm, nuestro Jefe supremo.

—¿Cómo llevaremos a cabo la acción?—preguntó Zulak.

—Es pronto para decidirlo—respondió Karima—. Penetrar en el interior de la base de North Platte es ahora poco menos que imposible, pues está tomada militarmente. Vosotros ya no podéis volver al trabajo porque el color de vuestra piel os delataría. Richard Bonning se fijó bien en Jabug y os acosaría a preguntas. Además, es posible que sean cambiados por completo los equipos de trabajadores.

—¿Se te ocurre alguna solución al problema? —preguntó Kor. ?

—Lo mejor será esperar a que salga ese hombre del campamento. Tarde o temprano ha de hacerlo. En ese momento debéis atacar.

—¿Y cómo nos enteraremos de cuando sale? —preguntó Jabub.

—Yo os tendré al corriente. Igual que hemos concentrado esta entrevista podemos proceder para la solución de ese caso.

—¿Quieres decir que estaremos en contacto por medio de nuestras micro-emisoras?

—Exactamente. La mía está en perfectas condiciones. Supongo que sucederá lo mismo a las vuestras.

—La mía se rompió en el combate que sostuve a orillas del río— dijo Jabug, mostrando su destrozado reloj de muñeca, donde se escondía la maravillosa y diminuta emisora-receptora.

—Pero las nuestras están intactas—terció Brotak—. Con cualquiera de ellas bastará.

—Entonces queda decidido—concluyó Karima—. Yo os avisaré en cuanto ese hombre salga de la base.

—De acuerdo—convino Jabug.

—Ahora debo retirarme, pues quiero reintegrarme a mi puesto antes de que sea notada mi ausencia.

Los cuatro hombres se despidieron de Karima y ésta se perdió en la oscuridad de la noche.

—Menos mal que hemos llegado a un acuerdo —suspiró Kor.

Jabug miró a sus camaradas y sonrió fríamente.

—Pero las cosas no van como debieran ir. Karima está a punto de traicionarnos.

—¡Jabug!—exclamaron los tres hombres,

—No podemos andarnos con contemplaciones. Tú, Zulak, comunica por radio-radar con nuestro Estado Mayor. Necesito saber a qué atenerme.

—¿Pero, olvidas que es la hija de nuestro jefe supremo?— exclamó Kor.

—Tanto peor para Karm—sonrió Jabug—. Conozco a más de uno en nuestro planeta que se alegraría de ver a nuestro jefe supremo en un apuro.

—¡Pero...!

Kor no pudo terminar la frase, ahogadas las palabras por la emoción en su garganta.

—No seas tonto, Kor-—replicó Jabug—. Karm es una estrella que declina y lo inteligente es acercarse al bando de sus posibles sucesores.

—Pero si comunicas al Estado Mayor tus sospechas, no tardará en enterarse Karm—intervino Brotak—. Ello podría traernos malas consecuencias.

—No temas. Tarbás, el jefe de nuestro Estado Mayor, no sería de los que menos se alegraran de poder poner a Karm en un aprieto. Gran parte del poder de nuestros pueblos está en su mano y sería el sucesor natural de Karm.

Brotak enseñó sus colmillos en una sonrisa de lobo y dijo:

—Eres astuto, Jabug. Si consiguiéramos darle un arma a Tarbás contra Karm, estoy seguro de que sabría recompensar nuestros servicios.

—Me parece una buena idea—terció Zulak.

—¿Tú qué opinas, Kor?

El aludido vaciló unos instantes.

—Estoy contigo, Jabug—dijo.

—Entonces, no debemos perder tiempo. Comuniquemos con Tarbás y vayamos preparando el terreno. Si Karima nos traiciona, tendremos el motivo que vamos buscando.

—¿Y si no lo hace?—preguntó Kor.

—¿Qué importa eso?—respondió Jabug— ¡Estamos tan lejos de nuestra Patria que será muy difícil que se sepa lo que haya podido pasar aquí!

—Pero Karima lo contará todo a nuestro regreso.

—Karima no regresará nunca a nuestro planeta, a quien los terrestres llaman Venus.

Jabug había dejado caer aquellas palabras con un tono de absoluta indiferencia, pero una sonrisa diabólica iluminaba sus labios.

—No cabe duda de que eres astuto—repitió Brotak—. ¡Tarbás tendrá el arma que necesita para apoyar su lucha contra Karm!

CAPÍTULO VII

El regreso del profesor Lowe devolvió la actividad a la base de North Platte.

La Comisión Mundial del Espacio quedó convencida de sus explicaciones y la construcción del «Sagitario Z» fue declarada la más urgente tarea mundial.

Todos los trabajadores que habían prestado sus servicios hasta entonces fueron relevados por especialistas de los distintos Ejércitos Territoriales del mundo entero, y la base quedó convertida en una inexpugnable fortaleza.

Richard, Mak y Doug no se daban un momento de reposo en la dirección de la gran empresa y el profesor Lowe, con la destacada colaboración de Karima, aceleraba la conclusión' de sus cálculos y previsiones.

Richard había tropezado en muchas ocasiones con la bellísima muchacha, pero la frialdad de ésta era cada vez más patente.

Tres semanas después del regreso del profesor, el «Sagitario Z» estaba completamente terminado, faltándole tan sólo algunos detalles de poca importancia.

Los obreros que habían estado dándole los últimos retoques hacía rato que se retiraran para cenar y acostarse, pues la intensa jornada había terminado y la noche se extendía como un manto de paz sobre la base,

Richard estaba solo frente a la imponente mole del aparato de su invención y lo miraba con ojos acariciadores.

Todos los sinsabores y fatigas pasados dejaban de pesarle al contemplar aquella criatura nacida de su ingenio y en la que había puesto todas sus ilusiones y esperanzas.

Su orgullo por ser el creador de aquella maravilla se veía acrecentado por las noticias que le diera el profesor Lowe a su regreso. Había aprovechado su viaje a Nueva York para ponerse en contacto con algunos de los más eminentes de sus colegas y todos habían llegado a la conclusión de que la Luna iba reduciendo el radio de su órbita y no tardaría más de dos años, quizá tan sólo algunos meses, en precipitarse contra la Tierra, haciéndola saltar en mil pedazos.

No era mucho el tiempo de que se disponía, pero quizá el viaje a Venus pudiera dar la solución al problema de los rayos cósmicos que semejantes trastornos causaban sobre la superficie de nuestros mares, y se pudiera con ello intentar un remedio.

El mundo había conseguido terminar con las guerras fratricidas pero, la Naturaleza, como si se complaciera en poner a prueba el valor y la capacidad de los hombres, enviaba desde el infinito cosmos nuevos y más graves peligros, que amenazaban con destruir no sólo a la Humanidad, sino al planeta mismo sobre el que ésta se asentaba.

Lo sacó de sus meditaciones un leve ruido que oyó a sus espaldas.

Se volvió con presteza y su mirada tropezó con la gentil figura de Karima.

—Me ha sorprendido usted. Creí que estaba solo.

La muchacha desvió los ojos de su interlocutor y los posó sobre la majestuosa silueta del «Sagitario Z».

—Comprendo que esté orgulloso de su obra —dijo—. Es sencillamente maravilloso.

—Confiese que me encuentro orgulloso—admitió Richard-—. Aunque he de reconocer que no todo el mérito es mío. Son miles de seres los que han contribuido a que mi sueño se convirtiera en esta maravillosa realidad. Usted misma ha contribuido valiosamente en los últimos tiempos a que el proyecto se llevara adelante.

—Mi actuación no ha tenido importancia —dijo Karima—. Toda 1a gloria es suya.

Richard miró largamente a la muchacha y tuvo la misma impresión que el primer día. Había algo irresistiblemente atractivo en la mujer, pero su fría y reservada actitud la hacía desconcertante.

—Bien armado ese aparato podría hacerse el dueño del mundo— dijo Karima.

Richard rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Preferiría verlo volar hecho pedazos antes de convertir al «Sagitario Z» en un arma de destrucción—respondió.

—¿No tiene usted sueños de conquistador? —preguntó Karima.

Al oír aquellas palabras, Richard lanzó al aire una alegre carcajada.

—¿Quién, yo ? ¡Sería el último hombre en la Tierra a quien se le ocurriera semejante cosa!

—La historia de los hombres es la historia de sus conquistas, ¿no cree?

—Quizá fuera así en otros tiempos, Karima, pero, por fortuna, ya pasaron. Entonces se escribía la Historia con sangre, ahora debe escribirse con amor y buena voluntad.

Aquellas palabras turbaron un tanto a Karima. Inició una

sonrisa, pero la borró instantáneamente de sus labios.

—La Tierra forma hoy una sola unidad—respondió la muchacha-—, pero hay otros planetas, nuevos mundos más allá del espacio que nos rodea que deben ser conquistados, ¿no cree?

—Afortunadamente, eso serán conquistas pacíficas, para las que no necesitaremos otras armas que nuestro esfuerzo y nuestro talento para resolver los muchos imponderables que se nos presentarán. Según las teorías más acreditadas, no existen en toda nuestra Galaxia más seres que los que pueblan la Tierra. ¡Afortunadamente!

Richard volvió a sonreír, pero se contuvo al ver el gesto grave de la mujer.

—A usted le sucede algo, Karima. ¿La he ofendido en algo? Observo que me trata con una gran frialdad. Yo quisiera que fuésemos amigos.

Un ligero arrebol tiñó las mejillas de Karima.

—Quizá sea mi carácter—concedió.

—No. Usted no es con todos igual. Yo la veo sonreír constantemente cuándo habla con Mak o con Doug y le aseguro que tiene la sonrisa más deliciosa que he visto en mi vida. ¿Por qué a mí me priva de ese placer?

Karima pareció vacilar durante una fracción de segundo, pero en seguida fue dueña de sí misma.

—¿Emprenderán pronto el viaje? — preguntó.

—Dentro de muy pocos días. Lo que queda por hacer es cuestión de Doug y. mía. Mañana por la mañana saldré en dirección a Kearnev, donde tomaré un avión para trasladarme a Nueva York, al objeto de fijar la fecha definitiva con la Comisión Mundial del Espacio. En cuanto regrese no tardaremos más que unas horas en despegar.

La muchacha continuó unos minutos hablando con Richard y luego se retiró hacia el pabellón que ocupaba.

Richard la vio alejarse y sintió que su corazón latía en su pecho aceleradamente.

Decididamente se sentía atraído hacia Karima, aunque ésta se esforzaba en manifestarle una sorda hostilidad.

Tampoco Karima estaba tranquila. Richard acababa de comunicarle la noticia que había estado esperando durante tanto tiempo. Al día siguiente saldría de la base para dirigirse hacia Kearnev. ¡Había llegado el momento!

Cuando estuvo en el departamento que ocultaba en uno de los pabellones destinados a los que componían el equipo científico, cerró la puerta cuidadosamente tras de sí y apagó las luces.

Durante más de media hora permaneció sentada en un sillón, sin pestañear apenas y con la mirada perdida en un vago punto ante sus ojos.

Al cabo de este tiempo se puso de pie y se aproximó a su mesa de despacho. Dio la vuelta a un conmutador y la lámpara de sobremesa esparció la luz en una pequeña área a su alrededor.

Se quitó el reloj que llevaba en la muñeca e hizo girar las agujas hasta colocarlas en determinada posición. Luego, presionó con el dedo sobre la ruedecilla y una pequeña luz se encendió en el centro de la esfera. Había conseguido la comunicación.

Quitó la tapadera posterior del reloj y quedó al descubierto un diminuto, pero poderosísimo altavoz.

Una voz, suave como un susurro, se dejó oír.

—Aquí Brotak. ¿Eres tú, Karima?

—Sí.

—¿Tienes alguna noticia que darnos?

—Dile a Jabug que Richard Bonning saldrá mañana por la mañana hacia Kearnev. Lo más probable es que haga el viaje en automóvil.

—¿Lo acompañará alguien?

—Creo que irá solo.

—Entonces lo esperaremos. ¡Ha llegado el momento de que entremos en acción!

Karima vaciló unos instantes y Brotak no dejó de notarlo.

—¿Te sucede algo, Karima?

—No… no, nada. Espero que tengáis éxito en vuestra empresa.

—Dalo por seguro. Prepararemos una emboscada y si nos fallara… ¡emplearemos el desintegrador calórico!

—Eso nos pondría en peligro de ser descubiertos.

—No temas. La carretera está muy solitaria a esas horas de la mañana y nadie podrá vernos.

—Está bien. Proceded según creáis oportuno. Corto.

La comunicación quedó interrumpida y Karima se dirigió arrastrando los pies hasta el sillón que había abandonado antes.

Se desplomó como un cuerpo inanimado y ocultó la cabeza entre sus manos.

La decisión estaba tomada.

CAPÍTULO VIII

A las siete de la mañana, Richard se disponía a emprender el camino de Keamev.

Su poderoso coche descapotable estaba listo para la marcha y, Mak, Doug y Donald se habían agrupado alrededor de su amigo para despedirlo.

—¡Dichoso tú que aún puedes hacerle una visita a Nueva York antes de emprender la partida hacia nuestro lejano objetivo!—suspiró Mak.

—Sólo estaré un par de días fuera, Mak.

—No te olvides de hacer transmitir mi radio-carta en cuanto llegues a la ciudad—dijo Doug. Es para mi padre.

—Descuida que lo haré así.

—No estés demasiado triste, Mak—intervino Donald.

—Cuando partamos de una maldita vez hacia Venus, pienso tomarme unas largas vacaciones con las hermosas chicas que estoy seguro estarán esperando la llegada de Mak, el vencedor del espacio.

—Dudo que encuentres allí otra cosa que algún que otro bicharraco muy digno de tu compañía—sonrió Donald.

—¡Que el diablo te lleve, ave de mal agüero!

—Yo, en cambio—continuó Donald en el tono que era habitual entre los dos compañeros—, pienso dedicarme a consolar a todas las víctimas amorosas que dejas en Nueva York. Estoy seguro de que les gustarán mucho las corbatas que me regalaste. ¡A lo mejor las escogió alguna de ellas! ¿Acierto, Mak?

—Mis admiradoras no se fijarían en un comandantillo sin importancia como tú, ¡cabeza de besugo !

—¡Eh! ¡Mirad quién viene ahí!—exclamó Doug.

Todos se volvieron y pudieron ver como avanzaba hacia ellos la simpática figura del profesor Lowe.

—¿Pensaba marcharse sin despedirse de mí, eh, Richard?

—No quería interrumpir su sueño, profesor —sonrió nuestro amigo.

—¿Qué sueño ni qué diablos? ¿Cree que podré dormir hasta que hayamos partido? Toda mi vida he pensado en hacer este viaje y ya no estaré tranquilo hasta que me vea suspendido en el aire, dentro de esa lata de calamares que ha inventado, Richard.

—Espero traerme de mi viaje la fecha exacta de la partida.

—No consienta que le den largas al asunto. Mientras está usted fuera me encargaré de disponerlo todo para la partida definitiva, de

modo que podamos salir en cuanto llegue. En mi viaje a Nueva York quedé de acuerdo con el equipo que nos ha de seguir desde la Tierra en nuestro vuelo. Las cámaras de auto-televisión y el equipo de radio-radar les permitirá observar el despegue desde los distintos observatorios de la red que se ha montado. Me bastará darles un aviso por la emisora de nuestro «Sagitario Z» para que todo el tinglado se ponga en marcha.

—Procuraré no demorarme y traeré la fecha de despegue más inmediata posible—asintió Richard.

—Dentro de tres días sería un momento ideal para hacerlo—continuó el profesor.

—Procuraré que sea para esa fecha.

Richard estrechó la mano de todos y puso en marcha el motor de combustión nuclear de su automóvil.

—Hasta pronto—dijo.

—No olvides mi radio-carta, Richard.

—Hasta la vista.

—No les dejes que demoren la fecha de partida. La situación se agrava cada vez más.

Richard levantó la mano en señal de general despedida y el auto partió silenciosamente.

Mientras tanto, Karima continuaba sentada en el sillón donde se dejara caer algunas horas antes.

Había pasado la noche en vela, sumida en sus pensamientos e insensible a todo cuanto pasaba a su alrededor.

A las ocho menos cuarto de la mañana compuso un poco su tocado y se dirigió hacia el despacho del profesor.

El anciano hombre de ciencia estaba departiendo con Mak y Doug cuando entró la muchacha.

—¿Se encuentra usted mal, Karima?—le preguntó Peter al verla entrar.

—No; no es nada—contestó la muchacha.

—Está desencajada—terció el profesor—. Si quiere puede tomarse el día entero de descanso.

Es poco lo que resta por hacer y usted ha trabajado mucho en los últimos días.

—De verdad; no me pasa nada.

Había pruebas evidentes de todo lo contrario, pero los tres hombres respetaron el deseo de Karima de permanecer en su puesto.

Durante unos minutos continuó la conversación, hasta que Mak dijo una frase, al parecer, sin importancia.

—Dentro de un par de horas llegará Richard a Kearnev. Antes de mediodía estará en Nueva York.

Un estremecimiento sacudió la columna vertebral de Karima.

—Creo que debe tomar en serio lo de reposar un poco—dijo Doug, al que no se le había escapado aquel estremecimiento.

Karima estaba pálida como la muerte y sus ojos brillaban febriles.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, saliendo al instante del despacho. O Mak se equivocaba o la oyó ahogar un sollozo.

—A Karima le pasa algo—comentó.

—Vaya usted en su ayuda, Mak. Tengo la impresión de que le sucede algo realmente—sugirió el profesor.

El aludido no se hizo repetir el ruego y salió disparado detrás de la muchacha.

Cuando la alcanzó estaba a la puerta de la calle,

—¡Karima!

La muchacha se volvió y al ver a Mak precipitó sus pasos en dirección al pabellón que ocupaba, pero no pudo evitar que el hombre viera sus ojos arrasados en lágrimas.

Emprendió nuestro amigo una pequeña carrera y alcanzó a la hermosa criatura, a la que sujetó por uno de los brazos.

—¡Karima! ¿Qué es lo que le sucede?

Karima no pudo contenerse.

—¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Lo he enviado a la muerte!

—¿Pero qué cosas dice? Procure tranquilizarse.

—Es cierto, Mak. ¡No puedo soportar por más tiempo esta situación!

—Atraviesa una crisis de nervios. Vamos a la enfermería y le procuraré un sedante.

—¿Pero no comprende, Mak? ¡Richard corre hacia una emboscada que le costará la vida!

—¿Eh?

Era tal el asombro que sentía Mak al escuchar aquellas palabras que no pudo articular otras que las de aquella ambigua exclamación.

—¡Hemos de hacer algo por impedirlo!

—Pero… pero ¿qué es lo que usted dice? ¡Está delirando, Karima!

—Créame, Mak—dijo Karima, haciendo un esfuerzo para contener el histerismo que se iba apoderando de ella—. Yo misma he preparado el atentado que va a costarle la vida a Richard, si no es que ya le ha costado.

Mak cogió violentamente a la mujer por ambos brazos y la miró intensamente a los ojos.

—¿Es eso cierto? ¡Conteste!

—¡Sí, Mak! La conciencia no me deja vivir. Unos aliados míos lo esperan en un lugar de la carretera, con la intención de matarle.

Los ojos de Mak se inyectaron en sangre y, por un segundo, pareció que iba a destrozar el hermoso cuerpo de la muchacha entre sus poderosas manos, pero, por fortuna, pudo contenerse.

—¡Dios mío!—exclamó.

—¡Hagamos algo, Mak! ¡Hagamos algo si es que aún estamos a tiempo!

—Venga conmigo—ordenó Mak.

Cogió a Karima de la mano y ambos emprendieron una veloz carrera hacia el edificio que hacía las veces de garaje y donde se guardaban varios vehículos.

Mak eligió un coche de poderosa apariencia y se puso al volante.

—¡Entre!—ordenó.

—Primero lléveme a mi pabellón. Es preciso que recoja algo que puede sernos muy útil.

Mak maniobró con gran habilidad y pocos segundos más tarde se detenía a la puerta del pabellón.

Karima descendió del coche y se introdujo en la vivienda. Poco después salía, llevando colgado sobre el pecho un pequeño aparato brillante del tamaño de una máquina de fotografiar.

—A toda velocidad, Mak. ¡A toda velocidad!

CAPÍTULO IX

Richard marchaba a regular velocidad por la carretera. Tenía tiempo sobrado para llegar a la base de Kearnev y quería gozar de la contemplación del paisaje, que ya no volvería a ver hasta después de su regreso de Venus... si es que regresaba.

La idea de que pudiese fracasar la primera gran expedición terrestre a los espacios siderales no le había asaltado hasta aquel momento.

Confiaba en el «Sagitario Z», a quien tantos desvelos había dedicado, pero no podía descartarse la posibilidad de un fracaso.

En condiciones normales, el aparato hubiese sido probado repetidas veces antes de lanzarse a la gran aventura cósmica, pero la gravedad de la situación no permitía aquella pérdida de tiempo.

Había que estudiar de cerca las extrañas «explosiones de calor» que enviaba el planeta Venus, para que fuese posible encontrar el medio de contrarrestarlas.

La tarde anterior había sostenido una conversación privada con el profesor Lowe y éste le había expuesto la verdadera gravedad de la situación. Aún le parecía escuchar las palabras del ilustre hombre de ciencia.

—«No tenemos muchas esperanzas de salir airosos de nuestra empresa—le dijo—. La reducción de la órbita lunar es insensible ahora, pero conforme vaya reduciéndose entrando en una fase de progresión geométrica, ninguna fuerza humana será capaz de detenerla. Quizá no tarde más de tres o cuatro meses en suceder eso. Cuando lleguemos a ese punto, todo estará perdido.»

Aquellas palabras habían impresionado vivamente a Richard, decidiéndole a partir hacia Nueva York, con el objeto de arrancar la autorización necesaria para despegar sin prueba alguna.

Cómo resolverían tan grave problema, en el supuesto de que la expedición llegara felizmente al término de su viaje, era cosa que ni él ni nadie podía prever. El mismo profesor Lowe se encontraba desorientado respecto a la cuestión. Pero era indudable que tenían que dar aquel primer paso para ver si podían encontrar una solución.

La carretera se deslizaba suavemente' bajo las ruedas de su auto y el sol iba levantándose hacia el cénit, siguiendo su marcha imperturbable.

A la llanura que se extendía en el primer tramo de su viaje siguió un camino quebrado que discurría entre onduladas lomas.

El cambio agradó a Richard, pues hacía menos monótona su marcha.

Al doblar un recodo pudo observar que una gruesa roca obstruía el camino a unos cincuenta metros de distancia.

Aquel era un contratiempo en el que no se le había ocurrido pensar y que, sin embargo, podía poner una insuperable dificultad a su marcha.

Fue aminorando la velocidad, hasta detenerse a un par de metros de la gran roca.

Durante unos segundos la contempló desde el interior del coche y midió con la mirada el espacio que quedaba a ambos lados de la misma.

—Por los lados no puedo pasar—murmuró en voz alta.

Abrió la portezuela del coche y descendió, aproximándose hasta tocar la gran roca con sus manos.

—¡Diablos! — exclamó—. ¡Lo menos pesa veinte toneladas!

Durante unos segundos miró a todas partes, intentando localizar el sitio del cual se había desprendido aquella imponente mole.

Pero su contemplación duró poco tiempo.

El disparo de una pistola atronó el aire y Richard sintió que la bala silbaba junto a su cabeza.

Aún no se había repuesto de la sorpresa cuando otro disparo repartió su eco por aquellas gargantas rocosas y la bala le rozó el hombro en su confluencia con el cuello, abriéndole una herida que comenzó a sangrar abundantemente.

Con rápido paso retrocedió hacia su automóvil y se metió en él.

De las dos laderas que tenía a ambos lados de la carretera vio surgir a cuatro hombres, los cuales empuñaban sendas pistolas.

Afortunadamente, el motor del automóvil estaba en marcha y fue cuestión de un segundo comenzar a retroceder en marcha atrás.

La maniobra no era nada fácil en aquel terreno tortuoso, pero Richard no perdió su sangre fría y puso toda su atención en el manejo del volante.

Los cuatro hombres cargaban sobre el coche y sus pistolas vomitaban fuego sin cesar.

Felizmente, el cristal del parabrisas era absolutamente inastillable y las balas se estrellaban contra el mismo, produciendo un tétrico repiqueteo.

Uno de los hombres arrojó lejos de sí la pistola que empuñaba y sacó de su bolsillo un reluciente objeto de proporciones no mayores a las de una pistola de grueso calibre.

Por el espejo retrovisor vio Richard que venía una curva y

maniobró hábilmente para tomarla, perdiendo de vista durante unos segundos a sus perseguidores. Continuaba luego un trecho bastante recto de carretera y apretó el acelerador, recorriéndolo a buena velocidad.

No había llegado al finar del mismo cuando vio que un automóvil se le acercaba a una velocidad de vértigo.

Las cosas sucedieron con tal rapidez que más bien parecían las imágenes de una pesadilla.

El automóvil tocó su claxon, haciéndole señal de que se detuviera.

Richard obedeció para evitar un choque y vio como el nuevo vehículo se detenía a su lado.

Se abrieron las portezuelas y dos seres se introdujeron en su propio coche.

—¡Mak! ¡Karima!—exclamó.

—¡Gracias a Dios que estás vivo!—dijo Mak con emocionado acento.

—¿Pero sabéis qué es lo que sucede?

—Ya te explicaré luego—contestó Mak—. Ahora no te preocupes más que del volante.

Karima, mientras tanto, había apretado un resorte del extraño aparato que llevaba colgado al cuello y un leve zumbido se esparció por el interior del automóvil.

—¿Qué'es eso?—preguntó Richard.

Pero la voz de Mak le hizo dirigir su atención hacia otro sitio.

—¡Ahí los tenemos!

En efecto, los cuatro hombres habían salido de la curva y se dirigían hacia el automóvil de nuestros amigos.

—Da marcha atrás, Richard.

Este hizo lo que le aconsejaba su amigo y comenzó a retroceder.

El hombre que manejaba el extraño instrumento, que no era otro que Jabug, pulsó un resorte y sucedió algo inenarrable.

Un blanquísimo y brillante fogonazo surgió del extraño aparato y envolvió en su aureola el coche de los fugitivos.

Una cortina de humo y coloreados vapores surgió de la tierra que rodeaba al vehículo y hasta el aire pareció encenderse en una violenta llamarada.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?—exclamó Mak.

—¡Parece como si la tierra y el aire se fundieran al contacto con ese diabólico fogonazo!

—Lo que me sorprende es que no nos hayamos desintegrado nosotros mismos.

—Usted siga retrocediendo, Richard—ordenó la muchacha, sin levantar los ojos del brillante instrumento que tenía entre sus manos.

Richard puso mayor atención que nunca al volante y atravesó la nube de humo y fuego que tenía a sus espaldas.

—No consigo comprender cómo estamos todavía vivos—murmuró Mak.

Los blancos y refulgentes destellos seguían sucediéndose delante de ellos y cada uno provocaba un verdadero infierno alrededor de los fugitivos.

—¡Es lo mismo que vi la noche de la revuelta, cuando peleaba a la orilla del río!—exclamó Richard.

—Sólo que esta vez disparan con mayor potencia—contestó serenamente Karima.

—¿Pero qué es eso?—preguntó Mak en e! colmo de su asombro.

—Se trata de un rayo de calor, a la temperatura de quince millones de grados—fue la asombrosa respuesta.

—¿Quince millones? ¿Pero cómo no somos volatilizados nosotros mismos?

—Este aparato que manejo—respondió Karima—crea un campo magnético que desvía las ondas de calor. Sin él ya sólo seríamos una pequeña nube de vapor, desintegradas todas las moléculas que constituyen nuestro organismo.

La situación era por demás sorprendente, pero no eran menos sorprendentes las palabras de aquella mujer, que permanecía con la mirada fija en el aparato que manejaba.

Durante más de media hora continuaron retrocediendo, en medio de aquel terrible mare mágnum en el que parecía que el fuego del infierno hubiese salido a la superficie de la tierra.

—¿Llevaban algún vehículo esos hombres? —preguntó Karima.

—No. Comenzaron el ataque a pie llano—respondió Richard.

—Con su pistola de rayos termoiónicos pueden perseguimos hasta muchos kilómetros de distancia, pero ellos deben encontrarse lejos —dijo Karima—. Creo que puede intentar dar la vuelta.

La operación no era nada fácil, pues las continuas llamaradas impedían casi por completo la visibilidad y corrían el peligro de salirse de la carretera, pero Richard puso toda su atención en la maniobra y consiguió enfilar el auto hacia North Platte.

—¡Ahora a correr se ha dicho!—exclamó Mak.

Richard apretó el acelerador y el coche salió disparado como una exhalación.

Durante algunos minutos aún fueron perseguidos por las

terribles llamaradas y en dos ocasiones estuvieron a punto de volcar, pero, por fin, se vieron libres de aquella despiadada persecución y volaron sobre la carretera.

Algún tiempo después entraban en el recinto amurallado de North Platte, donde las fuerzas de la guarnición, pertrechadas de todas sus armas, se disponían a salir.

—Ahora íbamos en vuestra busca—les dijo Donald apenas se abrieron las portezuelas del auto—. ¿Qué demonios son esas llamaradas que se han visto a lo lejos?

—Ya te explicaré luego — murmuró Mak—. Ahora ayúdame a llevar a Richard a la enfermería, pues viene herido.

—No os asustéis, muchachos — repuso Richard—. Es un rasguño sin importancia. Puedo ir por mi propio pie. En cuanto a tus fuerzas, te aconsejo que continúen en el interior del recinto.

Dicho esto salió del automóvil y, acompañado por sus dos amigos, se dirigió andando hacia la enfermería.

CAPÍTULO X

Tres días más tarde, el «Sagitario Z» estaba a punto de iniciar su viaje.

Las paredes y el hangar que lo albergaban se habían abatido hacia los lados, mostrándolo en toda su espléndida belleza bajo el azul del cielo.

El Gobierno Mundial había dado orden de que despegara aquel mismo día prohibiendo que nadie saliera de la base de North Platte.

Solamente lo había hecho Donald, con un permiso especial, para rendir cuentas de lo sucedido a sus jefes.

Un poderoso ejército se hallaba distribuido en los alrededores de la base y las emisoras de radio funcionaban incesantemente.

Todo cuanto necesitaban los astronautas estaba en el interior del aparato y el equipo que había de marchar en la expedición a Venus se encontraba dispuesto.

Este audaz equipo expedicionario estaba formado por Richard, el profesor Lowe, Mak, Doug y el doctor Tomlison, incorporado a última hora como fisiólogo de la expedición.

Richard se había negado a que nadie más formara parte de la expedición, por el riesgo que ésta suponía.

—El aparato puede pilotarse con la misma facilidad que un automóvil — había asegurado Mak.

En aquel momento se disponían a subir al «Sagitario Z» y Richard mostraba un nerviosismo desusado en él.

Mak fue el último en incorporarse al grupo y Richard lo interrogó con palabra angustiada.

—¿No se sabe nada de Karima?

—Nada—contestó Mak—. Acabo de recibir un último informe del jefe de las fuerzas de este sector y no han dado con ella.

—En cuanto llegasteis a la base desapareció sin dejar el menor rastro — intervino Doug—. Yo mismo la vi bajar del automóvil, pero le presté poca atención, preocupado como estaba por tu herida.

—Por fortuna ha sido poca cosa lo del cuello —suspiró Mak.

—Quisiera saber qué ha sido de Karima—dijo Richard—. Quizá fuera ella la que preparó la trampa en la que estuve a punto de perder la vida, pero no hay que olvidar que pude salvarme gracias a su intervención.

—Ahora no debes atormentarte con esa idea —repuso Mak—. Ante nosotros tenemos una tarea inmensa.

—Estoy seguro de que corre un grave peligro, Mak. ¡Estoy seguro!

—La situación ya no tiene remedio.

El profesor Lowe se acercó al grupo y se dirigió a Richard.

—Cuando usted diga, Richard.

Nuestro héroe miró angustiado a su alrededor como si esperase ver aparecer de un momento a otro a la misteriosa mujer, pero todo fue en vano.

—Está bien—concluyó—. Vamos.

El jefe de las fuerzas militares de la base, que había quedado en sustitución de Donald, estrechó la mano de los expedicionarios y ésta fue toda la ceremonia de despedida.

Una rampa de madera los llevó hasta la portezuela de la cabina y no tardaron en introducirse en la misma.

Mak ocupó su puesto de piloto y Doug se hizo cargo del equipo de radio-radar.

—Ascenso vertical hasta doscientos mil metros—indicó Richard.

Mak comenzó a manejar los mandos del aparato.

—Ascensión lenta hasta los treinta mil metros—volvió a indicar Richard.

—De acuerdo—respondió Mak.

—Estoy en comunicación con la sede del Gobierno Mundial—informó Doug— Nos envían un saludo y los mejores deseos para el éxito de nuestra empresa.

—Conteste que agradecemos esas palabras y que haremos todo cuanto esté de nuestra parte —dijo el profesor.

—Estoy preparado para el despegue, Richard —comunicó Mak.

Richard miraba a través de la cabina transparente y vio que un automóvil se dirigía a toda prisa hacia la puerta de entrada de la base.

¿Quién sería el que conducía aquel inesperado coche?

El vehículo iba cubierto y no podía verse a su conductor.

De pronto sucedió algo que llenó de espanto a los hombres que se habían encerrado en el «Sagitario Z».

Una terrible llamarada surgió a unas diez millas de distancia e iluminó los alrededores en un radio de más de cincuenta.

El fúlgido resplandor parecía descender de las alturas y caía sobre la tierra como una relampagueante lluvia de blanquísimo fuego.

Era, como si unas inmensas fundiciones de acero abriesen las compuertas de sus hornos y derramasen sobre la tierra una catarata de fuego líquido.

Lentamente fue descendiendo la ígnea cortina hasta tomar contacto con el suelo. Entonces comenzaron a elevarse como una contracorriente densas columnas de blanquísimo humo, entre las que se mezclaban los coloreados vapores de los distintos elementos químicos qué se desintegraban en la tierra al contacto con aquel fuego celeste.

El profesor Lowe miraba con la avidez del hombre de ciencia que se enfrenta con un nuevo problema y murmuró:

—Las mismas características que los extraños fenómenos que se han sucedido sobre la superficie de nuestros mares.

—-¡Parece un castigo bíblico!—exclamó Doug.

—¡Es lo mismo que lo del otro día, pero multiplicado por un millón!—se asombró Mak.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Richard.

—¡Pronto, Doug! ¡Envuelve nuestro aparato en un intenso campo magnético!

El jefe de máquinas manipuló con rapidez algunos instrumentos y un agudo zumbido se dejó oír, al tiempo que el aparato vibraba suavemente.

Fue en aquel instante cuando Richard vio una delicada silueta femenina que atravesaba el campamento a toda velocidad, en dirección al «Sagitario Z».

—¡Karima!—gritó sin poder evitarlo.

—Vamos, Richard, de la orden de despegue.

Pero Richard no escuchaba al profesor. Sus ojos estaban clavados en Karima, la cual aún tenía que salvar una buena distancia para llegar al aparato.

—¡Es Karima, Mak! ¡Es ella!

De pronto, la muchacha se detuvo en su precipitada carrera.

—¡Corre, Karima, corre!—gritó Richard, sin darse cuenta que la muchacha no podía oírle.

Karima se había detenido y consultaba el extraño aparato que llevaba colgado del cuello y que tan inapreciables servicios les prestara unos días antes.

Después de consultar aquel instrumento hizo algo completamente imprevisto: se acostó en el suelo, boca arriba, y depositó sobre su pecho el reluciente objeto.

—¡Dé orden de despegar!—casi gritó el profesor.

Richard hizo un ademán de abrir la escotilla de la astronave, pero Doug y el doctor Tomlison se lo impidieron.

—¿Estás loco, Richard?—le dijo Doug.

—¡Puedo bajar en un momento por Karima! ¿No os dais cuenta?

¡Desde el momento en que viene hacia nosotros es que se encuentra en un grave peligro! ¡Voy a traerla! ¡Dejadme!

Pero la' respuesta a su decisión no tardó en producirse.

El terrible fenómeno que habían visto a unas diez millas da distancia volvió a repetirse, pero esta vez abarcó totalmente el conjunto de la ¡base de North Platte.

Todos los edificios, viviendas, fábricas, instalaciones se convirtieron en poderosos chorros de vapor, cuyo silbido parecía el resoplar de un millón de titanes.

Los miles de hombres que constituían la guarnición en aquellos momentos, los trabajadores, los científicos que quedaban en la base fueron envueltos en la apocalíptica llamarada y su huella desapareció de la superficie del planeta en una décima de segundo.

La devastación y la muerte habían irrumpido en North Platte como dos feroces guerreros sobre sus sangrientos corceles.

El «Sagitario Z» resistía bien, dentro de su campo magnético, pero la situación resultaba cada vez más insostenible.

—¡Despegue, Mak!—ordenó el profesor con enérgica voz—. ¡Continuar aquí supone un riesgo demasiado grande! Un simple fallo en los motores que nos proporcionan el campo magnético sería suficiente para que nos volatilizásemos sin dejar el menor rastro.

Mak comprendió la sensatez de las palabras del profesor y se dispuso a obedecerle.

—Despego, Richard—dijo sencillamente.

Accionó los mandos, el aparato vibró con mayor intensidad durante un par de segundos y comenzó a elevarse.

Richard vio como se alejaba aquella ingente masa de vapores y pudo distinguir un punto brillante a la altura del suelo. ¡Era Karima! No había la menor duda de ello.

La muchacha yacía rodeada por su propio campo magnético y un halo de vivísima luz la circundaba, haciéndola parecer una fantástica isla en el más fantástico de los mares.

El aparato fue ganando altura y el punto luminoso que encerraba a Karima se fue perdiendo entre las densas brumas que rodeaban la azotada zona.

—Altura, cincuenta mil metros — comunicó Mak.

Richard apartó los ojos de la tierra y se dejó caer en su asiento.

—Altura, cien mil metros.

La Tierra comenzaba a esfumarse y el sol brilló con fuerza sobre las cabezas de los audaces expedicionarios.

—Altura, doscientos mil metros—volvió a comunicar Mak—. Pongo rumbo a Venus.

El «Sagitario Z» comenzó su larga travesía del espacio.

Richard miró por última vez hacia 1a Tierra y luego levantó los ojos al cielo.

—Aumenta la velocidad, Mak—dijo—. Debemos contrarrestar la gravedad de la Tierra en menos de doce minutos.

El piloto miró a su amigo y una luminosa sonrisa se asomó a sus labios.

—¡Gracias a Dios que ya has vuelto en ti! —exclamó.

—¡Gracias a Dios que ya estamos camino de nuestro objetivo!—exclamó a su vez el profesor.

—¡Que Dios nos acompañe y cuide de los seres a los que amamos!—concluyó Richard.

FIN

Continuará en el próximo tomo, titulado

EL BOSQUE PETRIFICADO

INDICE

Novela Novela

Original (1958) Actual

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*

77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasle*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasl*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok. *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Lr. Kellman, *J. Negri hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Edua Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Prof. Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117.—El silencio de Helión. *Robin Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'hara*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria. *George H White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Prof. Hasley.*

Jamás los ojos humanos vivieron una escena tan sobrecogedora como la vieran los de Richard Bonning y sus camaradas

EL BOSQUE PETRIFICADO

La emoción y el misterio arrastraban a aquellos viajeros del espacio, precipitándolos hacia un mundo de terror y de muerte. La nueva novela del

PROFESOR HASLEY

producirá un fuerte latigazo en la emoción de nuestros lectores.

EL BOSQUE PETRIFICADO

es una de las más fantásticas novelas salidas de la vigorosa pluma del

PROFESOR HASLEY

Un relato que subyuga desde el principio hasta el fin, donde la muerte se presenta bajo mil extrañas formas.

En el próximo número de la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*